

Amado Nervo

Los dos claveles y otras historias que pasan

Selección y presentación
Gustavo Jiménez Aguirre



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

MÉXICO, 2014

DIRECTORA DE LA COLECCIÓN: Lilian Álvarez Arellano

Nervo, Amado, 1870-1919.

Los dos claveles y otras historias que pasan / selección y presentación de Gustavo Jiménez Aguirre. – México : UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, 2014.

99 pp. 15 x 19 cm

ISBN 978-607-02-5697-4

1. Cuentos mexicanos.

LC PQ7276

Dewey 863.4

Primera edición: 2014

Fecha de término de edición: 24 de noviembre de 2014

D. R. © 2014, Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva s. n.

Ciudad de la Investigación en Humanidades,

Ciudad Universitaria, C. P. 04510, México, D. F.

www.iifilologicas.unam.mx

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Av. del Imán núm. 5, C. P. 04510, México, D. F.

www.libros.unam.mx

ISBN 978-607-02-5697-4

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Impreso y hecho en México

Presentación

AMADO NERVO, uno de los poetas más populares de México durante la primera parte del siglo xx, es también el ameno narrador de numerosas historias breves, misteriosas y emocionantes. Debido a aquella fama, seguramente has leído alguno de sus poemas o escuchado los que se declaman o cantan en YouTube. Uno de ellos, “En paz”, registra casi cinco mil resultados, cifra que se disparó con la musicalización reciente que de él hizo Pablo Milanés. En contraste con el legendario poeta, cada vez menos publicado, el narrador tomó un segundo aire al inicio de este siglo. Gradualmente sus crónicas, cuentos y novelas cortas encontraron nuevos lectores e incluso espacios de divulgación como el fanzine. En poco tiempo, la narrativa de Nervo se dispersó en la red. Hoy podemos leer cuentos suyos, así como novelas, crónicas, artículos y ensayos. Incluso, algunos textos se descargan en las voces de Rosa Beltrán y Juan Villoro, por mencionar a dos narradores actuales que aprecian la obra de este escritor.

Los nueve cuentos que vas a leer después de estas páginas preliminares te sorprenderán más de lo que piensas, por una sencilla razón: tu fantasía viajará a mundos desconocidos, impulsada por la imaginación y las palabras de Nervo. No importa que sólo algunos relatos traten asuntos fantásticos o maravillosos, como les llamaba su autor. Una historia es ex-

traordinaria por la manera como atrapa nuestra atención de principio a fin. Sólo entonces cerramos el libro o apagamos la pantalla para dormir tranquilos. Si el narrador supo impactarnos sucede lo contrario: le damos vueltas a la trama, modificamos personajes y hasta queremos escribir otro cuento. Algo semejante te ocurrirá con las páginas de esta antología. Por lo menos, tres de las historias puedes encontrarlas reales y cotidianas, parecidas a ciertas aventuras escolares o a las anécdotas de reuniones familiares. Y como son breves, tal vez quieras memorizar un par de cuentos, acaso para espantar a tus amigos con la aparición de “La novia de Corinto” o con el desenlace de “El automóvil de la muerte”. No dudo que también pienses lucirte describiendo la tecnología asombrosa de los animales que se enfrentan al dominio humano en “La última guerra”, librada en las faldas del Ajusco. Y por qué no... quizá hasta te animes a escribir tus propias historias. Por todo esto, querrás saltar ahora mismo a la lectura de los cuentos, pero si prefieres seguir adelante conmigo, sabrás por qué Nervo creció rodeado de divertidos fantasmas.

No es leyenda: Amado Nervo debe mucho a dos espléndidas cuentacuentos, su madre (Juana Ordaz) y su nodriza (Juliana Topete). En su natal Tepic tuvo la suerte de oír historias que le pararon los pelos de punta. Para la sensibilidad del futuro poeta y narrador, las lecturas bíblicas, las ceremonias y los rituales de la fe católica fueron tan determinantes como las leyendas, los mitos populares y las hazañas de

héroes y bandidos legendarios que saqueaban Tepic. Todo ojos y oídos —como él mismo se recordaba—, el pequeño Nervo creció rodeado de murmullos espectrales. En boca de la gente del pueblo, algunos se colaban a la vieja casona de la numerosa familia Nervo Ordaz: “Allá como por el 28 de diciembre, mi nana empezaba a contarnos de un viejecito, muy viejecito, que se estaba muriendo”. Otras aventuras ocurrían en el mismo caserón, poblado de amables fantasmas, por lo menos en la mente de una tía tan anciana que asistió a la coronación de Agustín de Iturbide: “Esta mi tía muy amada soñó una noche que se le aparecía cierto caballero de fines del siglo XVIII [...] Saludola, con grave y gentil cortesía, y díjole que en un ángulo del salón había enterrado un tesoro: un gran cofre de áureas peluconas”. Por allá deben seguir enterradas aquellas monedas de oro, acuñadas por el monarca español Carlos IV, pues el escéptico padre de Amado se negó a echar abajo la casa para buscarlas, en contra de la voluntad y el desaliento de la abuela. Ella pretendía encontrar el tesoro con “Las varitas de virtud” que dan título a este cuento, el primero de la antología.

Al mezclar ficción y leyenda en relatos con evidente trasfondo biográfico, Nervo deja ver de qué manera algunas experiencias infantiles conformaron su personalidad literaria. En “Las varitas de virtud” hay un observador inquieto por los misterios de la vida; también se asoma el cronista malicioso de las costumbres sociales, y por ahí aparece el espectador

escéptico y hasta el testigo divertido de la absurda conducta humana. Estos desdoblamientos del escritor en sus crónicas, cuentos y novelas cortas confirman la habilidad de una prosa forjada en la práctica cotidiana del periodismo. Nervo era consciente del talento y del oficio adquiridos a los veintiséis años. En 1896 afirmaba: “Para escribir un artículo no se necesita más que un asunto: lo demás... es lo de menos. Hay en esto del periodismo mucho de maquinal. Lo más importante es saber bordar el vacío, esto es, llenar las cuartillas de reglamento con cualquier cosa”. Pese a la sinceridad de la declaración, no podemos dejar de preguntarnos por qué decenas de escritores y periodistas contemporáneos de Nervo son ilustres desconocidos.

10

Si intentamos una respuesta, pensemos de entrada que el trabajo periodístico y la curiosidad por el conocimiento fueron actividades complementarias y permanentes para Nervo. Su voluntad de estudio fue alentada desde la infancia por doña Juana Ordaz. Poco después de enviudar, decidió que su primogénito, Amado, saliera de Tepic para formarse en colegios eclesiásticos de Jacona y Zamora, Michoacán. Pese a la necesidad de trabajar desde muy joven para sostener a su madre y hermanos, el deseo de seguir aprendiendo nunca se detuvo en Nervo. Luego de realizar múltiples lecturas sobre diversas teorías espirituales del mundo, llegó a la convicción de que el poeta, “el ser más representativo, por excelencia, de la humanidad”, debe cumplir la función social de proporcio-

nar a mujeres y hombres las palabras adecuadas para conocer y expresar “las fuerzas misteriosas” que nos rodean. Como buen lector de la filosofía de Platón, Nervo creía en la existencia de dos universos: el de las percepciones y el de las palabras. El puente entre ambos era el poeta, un artista y un visionario de la palabra. Como podrás confirmar en esta antología, este narrador sencillo y profundo nunca deja de ser un poeta. A veces trata asuntos en apariencia simples: el castigo físico a un niño que se declara enamorado en una divertida carta con faltas de ortografía, o la quemadura de un dedo en un acto de crueldad infantil. Si estas historias pasan de manera casi “intrascendente”, como quien regala dos veces un clavel para no olvidar que una vez se quemó la mano en prueba de amor, espera a ver lo que sucede en los tres *Cuentos misteriosos*: “La novia de Corinto”, “Los mudos” y “La locomotora”.

11

Antes de dar paso a tu lectura, recordemos que Nervo empezó a escribir cuentos a los dieciocho años y nunca paró de imaginar historias. Al principio, disfrutaba contarlas en voz alta a familiares y amigos de Zamora. Después, cuando a los veintidós se hizo periodista en Mazatlán, Sinaloa, su talento narrativo le permitió ganarse la vida publicando, con regularidad, crónicas, cuentos y novelas cortas. Sobre aquella agotadora labor profesional realizada más tarde en México, España e Hispanoamérica, en el texto autobiográfico que acompaña a estos relatos, afirma: “Era preciso vivir en un país donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión es-

taba constituida por el periódico”. Por esta razón, los editores póstumos de Nervo recogieron de manera gradual de diarios y revistas decenas de historias no publicadas en volumen. A manera de ejemplo de lo que puede ser la recuperación de un cuento valioso, pero olvidado en la prensa mexicana del siglo XIX, te presentamos “El transmisor”. Gracias a la incertidumbre de su final abierto, sabrás que Nervo es uno de los primeros maestros de la literatura fantástica en Hispanoamérica.

Después de publicar varios volúmenes de su poesía, al fin Nervo reunió en 1906 doce cuentos con un título singular: *Almas que pasan*. De aquí hemos tomado el subtítulo de esta antología y las historias de “La última guerra”, “El final de un idilio” y “Los dos claveles (historia vulgar)”. La primera es abiertamente fantástica. Presenta el futuro de la humanidad, a la manera de películas como *La guerra de las galaxias* y *Rebelión en la granja*, novela publicada en 1945. “La última guerra”, un antecedente original y valioso de la literatura de anticipación futurista, se difundió en un periódico mexicano de 1904. En cuanto a los personajes de las otras historias, podrían ser personas con las que convivimos. En última instancia, el narrador piensa que si nos asomamos al espejo de las vidas que pasan cerca de nosotros haremos clic con sus problemas porque son similares a los nuestros. La otra alternativa es verlos con algo de humor. Quizá porque en Nervo domina la duda por lo que llamamos “realidad” o “verdad”, es frecuente que trate asuntos “importantes” con ironía y

parodia, como sucede con el desenlace de “El final de un idilio”, “Las varitas de virtud” y “Los mudos”.

En síntesis, Nervo incorporó poco a poco tres ingredientes esenciales en su narrativa: humor + brevedad + misterio... Del primero, decía con frecuencia: “es la sal de la vida y no conviene prescindir de ella”. Sobre el segundo, el narrador se convenció de contar historias para quienes iban de prisa y compraban alguna de sus novelas cortas en los quioscos de Madrid. Hábil dosificador del suspenso, Nervo aprendió a graduarlo con maestría. Los tres cuentos finales de este breve muestrario ilustran el oficio progresivo de su literatura misteriosa: “La locomotora”, “El automóvil de la muerte” y “La última guerra”.

Las varitas de virtud

A Federico Gamboa

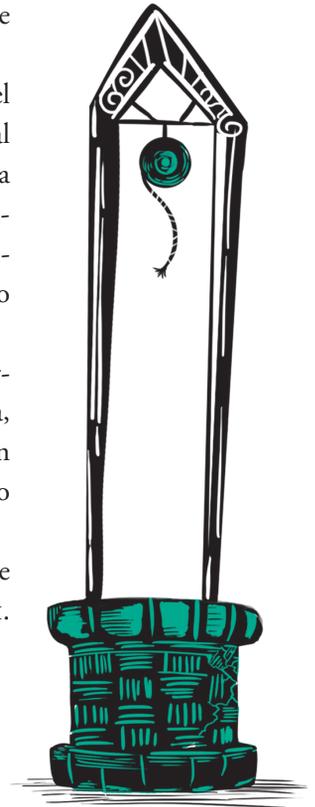
CUANDO NIÑO, vivía yo en un caserón desgarrado, sólido y viejo, que era como la casa solariega de la familia.

¡Oh!, mi caserón desgarrado, sólido y viejo, vendido después a vil precio, a no sé qué advenedizos, que fueron a turbar el silencioso ir y venir de los queridos fantasmas.

En su patio lamoso crecían bellos árboles del trópico, y en un rincón, el viejo pozo de brocal agrietado y rechinante carril servía de guarida a una tortuga, que desde el fondo y a través del tranquilo cristal del agua, nos miraba, estirando, cuando nos asomábamos, su cabeza de serpiente, como un dios asiático.

Moraban en esa casa, con mis padres y mis hermanos, mi abuelita materna y una tía soltera, bella, apacible, retraída y mística, que murió a poco, en flor, y a quien tendieron en la gran sala, en un lecho blanco, nevado de azahares.

Esta mi tía, muy amada, soñó una noche que se le aparecía cierto caballero de fines del siglo XVIII.



Llevaba media de seda blanca, calzón y casaca bordados, espumosa corbata de encaje cayendo sobre la camisa de batista, y empolvada peluca.

Saludola, con grave y gentil cortesía, y díjole que en un ángulo del salón había enterrado un tesoro: un gran cofre de áureas peluconas.

Mi tía, que soñaba poco en las cosas de este mundo, porque le faltaba tiempo para soñar en las del cielo, despertose preocupada, sin embargo, de la vivacidad de su visión y la refirió a mis padres y a mi abuela.

Esta última creía en los tesoros como toda la gente de su tiempo. Había nacido en la época febril de las luchas por nuestra Independencia, en La Barca, donde su tío era alcalde.

Cuando el padre Hidalgo entró a la ciudad solemnemente, ella le contemplaba, según nos contó muchas veces, “pegada a la capa de su tío el alcalde”.

Más tarde, mucho más tarde, asistió a la jura del emperador Iturbide, y



recordaba las luchas del pueblo por recoger las buenas onzas de oro y de plata que para solemnizar el acontecimiento se le arrojaban en grandes y cinceladas bandejas.

In illo tempore, los entierros eran cosa común y corriente. Los españoles, perseguidos o no, reputaban como el mejor escondite la tierra silenciosa que sabe guardar todos los secretos... No pasaba año sin que se cuchicheara de ésta o de aquella familia de la ciudad, que había encontrado un herrumbroso cofre repleto de onzas.

Y se daban detalles peregrinos:

La tierra defiende celosamente, a lo que parece, el bien que se le ha confiado.

Cuando la barreta empieza a removerla, se ha dado justo en el sitio donde yace el oro o la plata, óyese un estruendo, como de paladines armados de todas armas, que libran descomunal batalla.

Chocan las filosas espadas contra las firmes corazas, óyense confusas voces que ponen espanto en el ánimo...

Los buscadores vacilan, tiemblan, y si no tienen el corazón blindado contra el pánico, recubren el hoyo y se alejan.



Si continúan, invariablemente, a cierta profundidad, topan con un esqueleto.

Cuando aparece el esqueleto, el tesoro está cerca. Ello se explica.

Quien enterraba su oro mataba casi siempre al excavador del pozo, a fin de que no contara del escondite. Nuestros abuelos sólo tenían fe en el silencio de los muertos...

A veces, estos muertos eran dos: según la magnitud del hoyo y, por ende, del entierro.

Por fin, a unos cuantos pies más abajo, estaba el cofre... que generalmente costaba un trabajo endemoniado abrir y que pesaba horriblemente.

18

Existían dos procedimientos infalibles para hallar un tesoro. Y esto también lo sabía mi abuela a maravilla: el primero, hablar al muerto.

Donde había un tesoro, había un alma en pena. Ello era elemental.

No se ha sabido aún de fantasma ninguno que se resigne a dejar ignorado un entierro.

En las noches enlunadas rondan alrededor del sitio en que se ennegrecen lentamente los viejos pesos de a ocho reales y las onzas amarillentas con la efigie del rey don Carlos IV.

Hay que aprovechar tales apariciones y si uno tiene el alma en su “almario”, dirigirse derechamente al fantasma y hacerle la consabida pregunta:

—De parte de Dios te pido que me digas si eres de esta vida o de la otra.

A lo que generalmente, el interfecto (imaginamos que se trata del espíritu del excavador asesinado) responde:

—Soy de la otra.

Esto basta para “romper el hielo”.

El muerto entra en palique con vosotros, y os explica bien dónde está el dinero y cómo habrá de procederse para sacarlo.

Después, cumplida su misión, desaparece...

Pero no se va, no lo creáis, se queda acechando en no sé qué pliegue de la sombra, a fin de ver si dais por fin con el tesoro. Si dais con él, se marcha resueltamente a la eternidad. Si no, permanece allí, retenido por invisible grillete, hasta que el cofre sea desenterrado y a los restos humanos se dé cristiana sepultura.

19

El segundo procedimiento es el de las varitas mágicas; a él surgió mi abuela que se recurriese, en virtud de que el caballero de casacón y peluca se limitó a una aparición en sueños...

Desgraciadamente, mi padre no creía en las varitas. Había nacido en la medianía del siglo XIX “o, por mejor decir, demonono”, y entonces ya no se creía en las varitas.

Además, el caballero de marras había designado justamente un sitio en que se asentaban los sillares de la pared madre de la casa. Escarbar allí era exponerse a un derrumbamiento.



Mi abuela hizo, sin embargo, traer las varitas, a furto de mi padre, y, cosa estupenda, señalaron el mismo sitio designado por el caballero de la peluca.

Cierto que señalaron también otros sitios; pero en aquél coincidieron con el fantasma...

Mi abuela estaba desolada.

¡Qué lástima que mi padre no creyera en las varitas mágicas de madera de acebo con regatón de hierro, que se tallan en una rama joven, en la noche del Viernes Santo!

¿Quién tuvo razón, mi abuela o mi padre?

20

Mi abuela tuvo razón: las varitas mágicas dicen verdad. La ciencia, en esto, como en otras muchas cosas, ha venido a corroborar las ingenuas ideas de nuestros antepasados y a probarnos una vez más que el mito no es sino la envoltura luminosa, un poco fantástica, de la verdad.

Las varitas mágicas eran simplemente varitas imantadas, que ahora están en pleno favor en Europa. Los ingenieros las usan para descubrir manantiales, corrientes subterráneas, y, con especialidad, yacimientos de metal...

Nunca marran estas varitas, cuando se sabe emplearlas. ¡Nunca marran, abuelita mía, nunca marran!

La novia de Corinto

HABÍA EN GRECIA, en Corinto, cierta familia compuesta del padre, la madre y una hija de dieciocho años.

La hija murió. Pasaron los meses y habían transcurrido ya seis, cuando un mancebo, amigo de los padres, fue a habitar por breves días la casa de éstos.

Diósele una habitación relativamente separada de las otras, y cierta noche llamó con discreción a su puerta una joven de rara belleza.

El mancebo no la conocía, pero seducido por la hermosura de la doncella se guardó muy bien de hacerle impertinentes preguntas.

Un amor delicioso nació de aquella primera entrevista, un amor en que el mancebo saboreaba no sé qué sensación de extrañeza, de hondura, de misterio, mezclados con un poco de angustia...

La joven le ofreció la sortija que llevaba en uno de sus marfileños y largos dedos.

Él la correspondió con otra...

Muchas cosas ingenuas y suaves brotaron de los labios de los dos.

En la amada había un tenue resplandor de melancolía y una como seriedad prematura.

En sus ternuras ponía ella no sé qué de definitivo.



A veces parecía distraída, absorta, y de una frialdad repentina.

En sus facciones, aun con el amor, alternaban serenidades marmóreas.

Pasaron bastante tiempo juntos.

Ella consintió en compartir algunos manjares de que él gustaba.

Por fin se despidió, prometiendo volver la noche siguiente, y fuese con cierto ritmo lento y augusto en el andar...

Pero alguien se había percatado, con infinito asombro, de su presencia en la habitación del huésped: este alguien era la nodriza de la joven; la nodriza que hacía seis meses había ido a enterrarla en el cercano cementerio.

22

Conmovida hasta los huesos, echó a correr en busca de los padres y les reveló que su hija había vuelto a la vida.

—¡Yo la he visto! —exclamó.

Los padres de la muerta no quisieron dar crédito a la nodriza; mas, para tranquilizar a la pobre vieja, la madre prometió acompañarla a fin de ver la aparición.

Sólo que aún no amanecía. El mancebo, a cuya puerta se asomaron de puntillas, parecía dormir.

Interrogado al día siguiente, confesó que, en efecto, había recibido la visita de una joven, y mostró el anillo que ella le había dado en cambio del suyo.



Este anillo fue reconocido por los padres. Era el mismo que la muerta se había llevado en su dedo glacial. Con él la habían enterrado hacía seis meses.

—Seguramente —dijeron— el cadáver de nuestra hija ha sido despojado por los ladrones.

Mas como ella había prometido volver a la siguiente noche, resolvieron aguardarla y presenciar la escena.

La joven volvió, en efecto... volvió con su extraño ambiente de enigma...

El padre y la madre fueron prevenidos secretamente, y al acudir, reconocieron a su hija fenecida.

Ella, no obstante, permanecía fría ante sus caricias.

Más aún, les hizo reproches por haber ido a turbar su idilio.

—Me han sido concedidos —les dijo— tres días solamente para pasarlos con el joven extranjero, en esta casa donde nací... Ahora tendré que dirigirme al sitio que me está designado.

Dicho esto, cayó rígida, y su cuerpo quedó allí, visible para todos.

Fue abierta la tumba de la doncella, y en medio del mayor desconcierto de los espíritus... se la encontró vacía de cadáver; sólo la sortija ofrecida al mancebo reposaba sobre el ataúd.

El cuerpo, dice la historia, fue trasladado como el de un vampiro, y enterrado fuera de los muros de la ciudad, con toda clase de ceremonias y sacrificios.

Esta narración es muy vieja y ha corrido de boca en boca entre gentes de las cuales ya no queda ni el polvo.

La señora Croide la recogió, como una florecita o misterio, en su libro *The Night Side of Nature*.

Confieso que a mí me deja un perfume de penetrante poesía en el alma.

Vampirismo... ¡no! Suprimamos esta palabra fúnebremente agresiva, e inclinémonos ante el arcano, ante lo incomprensible de una vida de doncella que no se sentía completa más allá de la tumba.

Pensemos con cierta íntima ternura en esa virgen que vino de las riberas astrales a buscar a un hombre elegido y a cambiar con él el anillo de bodas...



El final de un idilio

|

AQUELLA MAÑANA, a la hora del recreo, el “prefecto de los chicos” se acercó a mí y me dijo con voz seca, en la cual presentí no sé qué catástrofes pavorosas:

—Suárez: el padre superior le llama a usted del otro colegio. Póngase su cachucha, y vamos.

Mientras buscaba la consabida prenda, hacía, con temor de adivinar la verdad, mi examen de conciencia: cuando el padre superior me llamaba no era, sin duda, para hacerme alguna caricia; eso me lo tenía bien sabido. Se trataba de una reprimenda y de un castigo; pero ¿por qué? Aún me faltaban cinco días sin dulce para cumplir mi condena de quince, que me fue aplicada gracias a aquella suela de zapato viejo que encontré en el campo y que, hecha fragmentos, distribuí concienzudamente en todos los platos de carne que, a la hora del refectorio, pasaron de mis manos a las de mis compañeros;

27



no concluía aún tres de los diez dictados que me fueron impuestos por haber picado con el índice uno de los carrillos de Iyarzábal en el momento crítico en que éste hacía un buche de agua, obligándole a arrojar, en no cristalino chorro horizontal, todo el líquido sobre la sotana del prefecto. ¿Qué nuevo delito podía haberme atraído las iras del padre superior? De pronto, en mis cavilaciones se hizo la luz: ¡Concha!, ¡se trataba de Concha! Y me puse lívido.

Han de saber ustedes que el otro colegio, designado así por todos nosotros, era un internado de niñas, frontero a nuestro plantel, fundado por el propio fundador de éste, y al cual íbamos frecuentemente los muchachos, ya en demanda de los auxilios de sor Pascuala, enfermera habilísima, cuando estábamos ligeramente enfermos, ya invitados para asistir a alguna representación teatral, organizada para festejar a las superiores, ya a fin de presenciar los exámenes y la distribución de premios.

La frecuencia con que unos y otras nos veíamos había enredado tales y cuales idilios fugitivos e ingenuos, alimentados por carticas pésimamente ortografiadas, que se cambiaban



con zozobras indecibles en la primera oportunidad, y cuyo inocente poema de anhelos en flor, indefinidos e imprecisos, era para muchos el solaz de lentas horas de tedio, distribuidas entre el aula, el recreo y las prácticas religiosas, en aquellos dos colegios, plantados como dos enormes colmenares en medio de una quieta y florida aldea de la provincia mexicana.

Yo no había querido ser menos que los demás. Pues que ellos tenían novia y con ella se carteaban a maravilla, ¿por qué había de resignarme a seguir poniendo pedacitos de suela vieja en los platos de mis compañeros y a picarles los carrillos cuando hacían buchecitos de agua, condenándome así a no probar más el dulce en toda la vida y a escribir dictados durante toda la eternidad? Y resuelto a variar el curso de mi existencia, garrapateé una carta para Concha, una colegiala más rubia que las mañanitas de mayo, y en cuyos ojos verdes había ya todo lo insondable del mar. ¿Qué le dije? No lo recuerdo, algo como un gorjeo de pajarillo travieso que empieza a tender el ala al sol, traducido con la peor letra del mundo en la hoja no muy pulcra de un cuaderno de escritura, hecha luego veinte mil dobleces. Aproveché la primera coyuntura para hacer llegar a sus manos la misiva, y la muchacha me premió a poco, en la capilla del pueblo, donde oíamos internos e internas la misa de precepto, con una mirada entre medrosa y sonriente, la mirada de una rapaza de diez años, que interroga a un hombrecillo de doce acerca de todo lo que hay de lejano, inmenso y vago en la atracción de los sexos...

Satisfecho de mi hazaña, aguardé la respuesta y, a decir verdad, pocos días bastaron para amortiguar mis impresiones. En aquel tiempo me interesaba más un nido de calandria que el nido de una boca en flor, y la única manzana prohibida que me seducía era la jugosa y enorme que rojeaba en la huerta, fuera del alcance de mis manos. Faltaban algunos años para que la elegida de un momento y yo nos buscásemos en los ojos la quimera, y muchos éxtasis para componer los primeros versos de amor.

||

30

A LA ZAGA DEL PREFECTO, cabizbajo y tímido, atravesé la herbosa plazuela que separaba del nuestro el otro colegio, en la cual, al buen sol de la mañana, relampagueaban vidrios rotos y chinitas blancas entre los céspedes lacios; y momentos después, con la cachucha entre las manos, entraba al locutorio, donde el padre superior leía a través de sus gruesos quevedos, cabalgantes sobre su enorme nariz aguileña, no sé qué viejo infolio amarillento.

A una señal, el prefecto nos dejó solos, y volvió a pocos instantes trayendo de la mano a mi novia, para salir enseguida de la pieza, como obedeciendo en todo a una previa y tremenda consigna.

“*Alea jacta est!*”, hubiera yo dicho para mi coleteo, si mi exiguo latín de entonces me lo hubiese permitido. Y mis ojos desolados se encontraron con los cristalinos de la muchacha, próximos a licuarse en llanto, y en ellos leyeron algo irreparable, algo peor mil y mil veces que todos los ayunos de dulce y los dictados todos de los dómines de la tierra. Estábamos perdidos, irremisiblemente perdidos.

Y en esto el verdugo no se había dignado mirarme; continuaba, en medio de un silencio de muerte, escarbando con sus ojos de miope y su nariz apericada, en las páginas del libro.

Al fin levantó la cabeza, y nosotros la inclinamos, apercebidos a la detonación...

—Conque usted, señor Suárez, y usted, señora Iriarte, son novios...

Silencio mortal.

—¡Conque usted, señor Suárez, se permite dirigir a la señora cartas de amor!

Nuevo silencio.

—Debo advertirle, en primer lugar, que querer se escribe con *qu* y no *cerer* como usted ha puesto, y que no se anhela con *hache* antes de la *a* sino después de la *ene*; y, en segundo lugar, que, puesto que us-



tedes se quieren (con *ce*), he resuelto casarlos (con *ce* también), ¿estamos? y que los casaré hoy mismo.

¡Así, pues, la catástrofe era más espantosa aún de lo que yo me la había imaginado! Concha, que desde las primeras palabras del superior hacía pucheros y ajaba nerviosamente el delantal, se echó a llorar a toda orquesta, y yo no tardé en imitarla.

¡Casarme! ¡Casarnos! ¿Y qué iba a decir mi madre cuando lo supiera? ¡Casarme! Toda la lógica elemental de mi vida se me venía abajo, y a la apurada muchacha debía de pasarle otro tanto, porque, entre hipo e hipo y lágrima y lágrima, se atrevió por fin a exclamar:

—¡No, padre; no, padre; ya no lo vuelvo a hacer!

Y yo a coro:

—¡Ya no lo vuelvo a hacer!

Empero la cara enjuta del tenebroso justiciero no se conmovía; sus ojos, a través de sus lentes, iban de una a la otra víctima, estoqueándonos sin piedad, y su voz avinagrada y sin inflexiones repetía:

—No tiene remedio, esto no puede arreglarse de otra manera, los caso ahora mismo.

—Padre —supliqué yo en el colmo de la angustia—, le aseguro que ya no lo vuelvo a hacer. ¿Qué va a decir mi mamá? ¿Qué van a pensar en mi casa?

Y la muchacha, a grito herido:

—¡Yo no quiero casarme; yo no quiero casarme!

Por fin el superior pareció ablandarse.

—Está bien —dijo—; no los casaré...; pero con una condición...

Ambos reos callamos, con el alma en un hilo.

—Que recibirá cada uno de ustedes seis palmetazos. ¿Están ustedes conformes?

No, no estábamos conformes; pero la perspectiva del matrimonio era tan aterradora, que los dos asentimos con un movimiento de cabeza.

El padre tocó una campanilla de plata que estaba sobre la mesa...

—A ver, sor Inés, la palmeta.

Sor Inés volvió a poco trayendo el terrible instrumento de expiación, una enorme palmeta taladrada por cien pequeños agujeros, que eran como otras tantas ventosas suplicatorias.

Luego, dirigiéndose imperativamente a “mi novia”, que seguía llorando en silencio:

—Extienda usted la mano; a usted primero.

La niña iba a hacer lo que se le ordenaba; pero yo me adelanté: el Quijote que dormitaba en mi sangre, el viejo y resplandeciente Quijote de la raza habíase alzado, poderoso, en su Rocinante blanco, con su pica desfacedora de entuertos y su santo grito de galantería en los labios.

—Padre —dije con voz suplicante, pero firme—, ¿deme usted a mí los doce!

El superior me miró algunos segundos, y yo, desafiando bravamente su mirada, repetí:

—Deme usted a mí los doce.

—No me opongo —replicó con voz glacial—; extienda la mano...

En el silencio de la pieza resonaban secamente los palmetazos; la niña no lloraba ya: me miraba, me miraba con sus inmensos ojos verdes, en que había todo lo insondable del océano, y su mirada era un premio superior a mi castigo.

Cuando salí a la plazuela, seguido del prefecto, en la rama ondulante de un arbolillo dos pájaros se besaban ante la dulce alegría de la mañana, y yo, indicándoselos a mi acompañante con mi diestra atormentada, murmuré con despecho:

—¡Cómo a éstos no les pegan!



Los dos claveles (historia vulgar)

|

ANTONIA Y YO nos conocimos desde la infancia. Ella era hija de don Basilio, administrador hacía muchos años de las numerosas fincas urbanas de mi madre, viejo probo, si los hay: “pobre, pero honrado”, como dice la frase de cajón más socorrida en achaque de biografías.

Diariamente veía yo a la muchacha, ya en mi casa, ya en la suya, adonde mamá, no obstante sus intransigencias pseudoaristocráticas y el escrúpulo con que escogía mis amistades, me permitía ir con frecuencia, en razón del cariño que don Basilio había profesado a mi padre, del cual fue el servidor más abnegado y fiel.

Nunca olvidaré la modesta, pero limpia y luminosa vivienda de don Basilio. Pertenecía a un viejo convento, convertido, por obra y gracia de algunos barretazos de más y de algunos tabiques de menos, en casa de vecindad, pues su vetustez y maltrato no le permitieron, a pesar de que estaba situado en buena calle, realizar el anhelo de todo caserón céntrico: la ostentación de un letrero en el zaguán que diga: “Se alquilan despachos”.

Tenía el edificio claustros amplísimos, adonde se colaba, en oleadas de luz, el júbilo de la mañana; un enorme huerto que invadía todo el patio, con árboles frondosos, a la sombra de los cuales las flores desabrochaban la fresca y olorosa seda de sus corpiños, y abrían su ojo zarco y hondo algunos pozos, en cuyos brocales enlamados se esperezaban los gatos.

A la vivienda de don Basilio le tocaba un buen pedazo de corredor, limitado por dos barandales de madera pintados de verde; tenía, además, cuatro enormes balcones que miraban a la calle, una calle semicolonial, semimoderna, en que, al lado de los poderosos muros rojos de tezontle, se erguía presuntuosa, con humos de *skyscraper*, tal o cual construcción de piedra con alma de hierro, semejando una pajarera gigantesca. Y, por último, ¡oh delicia!, la azotehuela, amplia, asoleada, llena de macetas y de gorjeos de canarios, estaba comunicada con la azotea, una inmensa azotea donde crepita, semejante a velamen de barco, la ropa blanca, “tendida a secar”, como en el verso de Bécquer.

Desde la azotea, el espectáculo era solazoso y pintoresco. La heteróclita arquitectura de la ciudad, en que se codeaban todas las vejestorias y todas las fantasías de esa nueva escuela yanquilandesa que asaz nos invade; desde la torre cuadrada con su caperuza de azulejos, hasta la mansarda anodina, pintada de azul o rojo; desde el minarete morisco, hasta la aguja gótica; desde la luminosa iglesia románica hasta el templecillo protestante, con reminiscencias ojivales y no sé qué de

estación de ferrocarril en su conjunto; desde el férreo andamiaje desgarrado y zancón de las duchas, hasta el tubo ventilador que bosteza microbios... todo en un laberinto loco se destacaba en la atmósfera cristalina o nebulosa, ora sobre la limpieza europea de ciertas calles pavimentadas con esmero, ora sobre la adiposidad de los figones, de las tocinerías y de las tablas hormigueantes de gatas y de pelados.

En la noche la magnificencia de las estrellas, esos imanes de oro que se atraen, cintilaba sobre aquella azotea privilegiada, especialmente en el cielo austral, no dentellado por altas construcciones, y muchas veces el Centauro, el Escorpión y el Lobo siguieron, con sus pupilas diamantinas mis precoces meditaciones bajo el lujoso cielo mexicano.

Me basta una súbita evocación para mirar aún, hasta en sus menores detalles, el humilde escenario que describo, sobre todo, los balcones llenos de macetas, y la azotehuela poblada de gorjeos y del monólogo embrollado de un perico lunático, cuya alma verde sufría frecuentemente accesos de cólera morbosa, durante los cuales mordía a la propia fámula que le llevaba las sopas de chocolate.

37

||

ANTONIA era una muchachita sencilla y afectuosa. Me quería de tal suerte, que se hubiera dejado matar por



mí. Yo, con crueldades nacientes, que después me ha costado arduos esfuerzos dominar, gustaba de atormentarla. Cuando iba a mi casa (sombría y quieta desde la muerte de mi padre, tan quieta y tan sombría que toda la luz de mi niñez jamás bastó a alumbrarla), sometía yo a mi amiga a duras pruebas. Gustábame, por ejemplo, encerrarla en un cuarto oscuro y mantenerme a la puerta, espionando, con una tensión indecible de mis nervios, el menor signo de pena. La pobre criatura permanecía por algún tiempo en un rincón, silenciosa, resignada; mas a poco poníase a sollozar dulcemente en la sombra, muy dulcemente... Entonces todas las fuentes de mi compasión se derramaban, y una voluptuosa piedad infantil, que después he pretendido en vano analizar, se apoderaba de mí. Abría yo la puerta, entraba a la pieza, y llenaba de caricias a mi víctima, que poco a poco se consolaba entre mis brazos. Más tarde he pensado que esto no era, quizá, más que un sencillo refinamiento inconsciente para excitarme a quererla. Y es que mis grandes cariños jamás han podido tener otra forma que la de la piedad. Para que yo ame a alguien mucho fuerza es que le compadezca mucho. Las vidas llenas de sol y de alegría me inspiran el furtivo y curioso interés que experimento por un pajarillo locuelo. Las miro, oigo su cascabeleo y paso... Preciso es que detrás de una vida adivine yo el calvario de una tristeza, de un abandono, de una angustia, para que vaya hacia ella lleno de un lirismo insensato. La felicidad del ser a quien amo traza un límite a mi amor. Yo me voy

cuando el sol viene... Quién sabe si esto no es más que un supremo orgullo: el orgullo de dar siempre y de no recibir jamás, el orgullo de ser luz... o quién sabe si, por el contrario, es una suprema bondad en mi espíritu el amar de tal suerte.

En cierta ocasión, esta que yo llamo crueldad infantil, por no hallar en mi reducido léxico otro nombre que le cuadre, me condujo hasta la barbarie. La madre de Antonia, una buena mujer, gorda y plácida, aplanchaba una camisa de don Basilio en el comedor, a la hora de la siesta. Acababa la criada de traerle una plancha retiradita de las brasas, la que fue calada con un dedazo rápido del índice, previamente untado en saliva y que produjo un chasquido peculiar, cuando vinieron a decir a la señora que alguien la llamaba con urgencia. Dejó la plancha verticalmente sobre la mesa, y fue a ver qué le querían. Yo, que jugaba en un rincón, inspirado por una idea diabólica, dije, exabrupto, a Antonia, que vestía una muñeca allí cerca:

—Si me quieres, quémate un dedo en esa plancha.

La pobre criatura me miró con sus grandes, con sus enormes ojos negros desolados, y me respondió:

—Sí, te quiero... pero duele mucho.

—Pues, si me quieres, pon el dedo en la plancha —insistí.

—¿Cuánto vas a que lo pongo de veras? —me respondió por fin entre resuelta y medrosilla.

—A ver...

Y lo acercó, en efecto, con resolución a la ardiente superficie de aquel hierro, ¡y lo mantuvo ahí por dos segundos!

Luego retiró, lanzando un leve grito, su dedo ampollado, justamente a tiempo que volvía la señora.

—Pero, hija, ¿qué has hecho? —exclamó ésta al ver que la criatura sacudía, llorando, la mano atormentada.

Yo temblé, presintiendo una reprensión de la pobre madre. Estaba avergonzado de mi conducta. Pero Antonia se limitó a decir con su vocecita dolorida:

—Me quemé por un descuido, mamá.

—Ven —dijo ésta—, ven a que te ponga luego un trapo con aceite.

Y cuando la niña volvió con su dedo vendado y se me acercó entre satisfecha y llorosa, yo, con la voluptuosidad compasiva de que ya he hecho mérito, la cubrí de besos.

En aquel momento la adoraba...

41



MI MADRE me envió a estudiar a un colegio de los Estados Unidos, adonde iba a verme cada año, y no volví a México sino siete años después, a los diecinueve de edad, a disfrutar de algún reposo, mientras emprendía, en una ciudad de Europa, mis estudios profesionales.

Volví martajando el español, peinado de castaña, con una levita a grandes cuadros, que ostentaba sendos bolsillos exteriores en los faldones, unos zapatos claveteados como

para *footing*, y metamorfoseados la agudeza e ingenio latinos (en mí muy problemáticos por lo demás), en unos “conejos” de padre y muy señor mío, y una cachaza burlesca y pesada, fértil en bromas toscas y apoyada por la fuerza bruta, de la cual di muestras contundentes en varias ocasiones, dejando tumefactos algunos carrillos.

Antonia había desaparecido por completo de mi campo visual. La pelota ocupaba por entonces mis ocios, y más de un mes se pasó desde mi llegada sin que nos viésemos, hasta que una tarde don Basilio vino a decir a mi madre que en su casa me habían preparado una comida a la mexicana, compuesta toda de aquellos platillos que eran en otros tiempos mi delicia.

42 Entonces no existían todavía en México las *Cordon Bleu* yanquis que hoy preparan *the mole* como cualquier poblana de los viejos tiempos; ninguna *miss* vendía *mexican tamales*, ni americano alguno expendía en *The Queen Xóchitl*, o algo por el estilo, *the richest pulque of the country*, y el privilegio de nuestros buenos platillos clásicos estaba vinculado en pocas cocineras. La que tenía don Basilio era doctora en eso de guisos, y acepté con placer el convite.

Me encontré, y ésta fue la impresión capital de mi visita, con una Antonia muy bella. Dicen que no hay dieciocho años feos; los diecisiete suyos eran, por todo extremo, bien logrados y embelesadores.

La color trigueña, armonizando con los inmensos ojos negros, el espigado talle, la gallardía y el garabato del movi-

miento, la música de la voz, la tentación divina de la boca, un poco gruesa y fresca y apetitosa como una ciruela roja en el estío, hiciéronme olvidar por completo el futuro menú nacional, con todas sus promesas.

Diez vidas sucesivas serían impotentes para borrar de mi memoria la tarde de aquel día. Tras de una breve conversación en familia, Antonia y yo nos retiramos a uno de los balcones, a aquel que más amaba yo, porque estaba guarnecido de tiestos, entre los que descollaba mi favorito, uno de claveles disciplinados, que me placía en extremo, y empezamos a desgranar el prestigioso rosario azul del “¿Te acuerdas...?”

La luna, en su primer cuarto, se desplomaba en el abismo, láctea y fina, enredando nubecillas leves en sus radiosos cuernos de plata. La respiración suave de las macetas nos envolvía. La calle se agitaba con esa alegría del anochecer en las grandes ciudades; los focos incandescentes empezaban a mostrar en las tiendas su nudo de fuego; y entre la balumba hecha de todos los ruidos, del tintinear de los tranvías, del rodar acompasado de los coches, de los gritos de los vendedores, nuestros espíritus experimentaban un bienestar inefable, impregnándose misteriosamente de aquella resurrección del pasado, arrullados por una música interior, mecidos por no sé qué blanda mano invisible, como si se balancearan en la propia hamaca luminosa de la luna, que idealmente bella y bogando bajo un ligero pabellón de celajes, parecía la cuna de plata de un dios recién nacido allá en los cielos.

Antonia había cortado un clavel y puéstolo entre sus labios, y mordía con sus finos dientes azulados el tallo de la flor, sonriendo a mis palabras acariciadoras, que evocaban en sencillo lenguaje nuestra infancia.

Mi prolongada comunión con las almas sajonas habíame vuelto, quizá por contraste, un poco más idealista de lo que fui, y la infinita poesía de aquella noche y de aquellos diecisiete años, míos, sólo míos, porque yo los había alumbrado todos con mi presencia o con mi recuerdo, me sumergía en la beatitud suprema.

—¿Te acuerdas —me dijo Antonia entre dientes— cuánto te gustaban mis claveles? ¡Muchas veces despojaste esta pobre macetita, que no ha dejado por eso de darlos cada día más bellos!

44

—¡Qué bien huele ese que tienes entre los labios! —le respondí.

Y lentamente, tímidamente, acerqueme para olerlo, y aspiré su esencia al par que el perfume de los diecisiete años, que se exhalaba virgen, poderoso, por la entreabierta boca en flor... y como mis labios estaban tan cerca de los pétalos, y como los pétalos estaban tan cerca de sus labios, no supe cómo, no advertí con qué maquinal impulso besé el clavel y la boca... la boca y el clavel, a medias cada uno, suave y furtivamente a ambos, sin que ni antes ni después de aquella caricia sonase palabra alguna de amor, fuera del lejano y misterioso: “¿Te acuerdas?”.

IV

ADIÓS *tennis, cricket, baseball, football*, y todo ese herbazal de *championaje*, que me traía vueltos los sesos. La “conquista pacífica” había acabado ahí, en el balcón, detenida ante la incontrarrestable conquista hecha de mi alma por los ojos de Antonia.

Después de una semana de vagar por la Reforma y Chapultepec, con las manos en los bolsillos (¡aquellos bolsillos!) de la levita yanqui, pensando en el beso; después de una semana de comer poco, de dormir menos, de esquivar la presencia de todo el mundo, hasta de Antonia, por un sentimiento de timidez extemporáneo y excesivo; después de una semana, en suma, durante la cual se realizó en mí toda la ridícula sintomatología del amor, me resolví a dar un gran paso. Fuime a ver a mi madre y le dije de primas a primeras, con una resolución poco común en mi carácter:

—Mamá; yo no quiero ir ya a Europa, no quiero ser ni médico, ni ingeniero, ni nada... Lo que quiero es casarme con Antonia.

—¡Con Antonia!

Mi madre se echó a reír con una risa nerviosa que me desconcertó en absoluto, y pasado este momento de hilaridad, altamente ofensivo para mí, la escena cambió por completo con un: “¡Pero tú estás loco, pobre hijo mío!”. Al cual

siguió el viejo razonamiento de rigor, el asendereado estribillo de “la desigualdad de educación”, rociado con lágrimas, con reproches, tan de clisé, como el “ingrato, ya no quieres a tu madre” y sazonado con un ataque de nervios a la mexicana, tres días de cama, cierta resignada actitud sentimental, suspiros mezclados de un “al fin y al cabo yo he de durar poco”, y, por último, pasada la crisis, insinuantes confidencias acerca de una muchachita muy buena, muy distinguida, muy linda, hija de una vieja amiga de infancia (naturalmente), que me quería y con la cual me casaría a mi regreso... Pues, ¿y mi viaje a París?, ¿qué, era moco de pavo eso de conocer París de Francia, la capital del mundo, y poder volver al cabo de algún tiempo a mi tierra, con un “yo estuve en París” en el bolsillo del chaleco? ¡Ah!, y no volver así nomás, sino con un título profesional, y, como si todo esto no bastara, encontrarme en México, para alumbrar las leves tinieblas que se atreviesen a opacar el excepcional esplendor de mi vida, con cierta güerita de ojos de pervinca y de labios finos que deletrearían temblando, junto a los míos, la santa palabra ritual y misteriosa, el verbo eterno del amor humano...

—Pobre Paquito mío, que quiere trocar todo esto por un amorcillo romántico de casa de vecindad; por una Pepita de “adentro 4”; por la hija del cobrador de mis casas... *Shocking*... (este *shocking*, así como ciertas palabras demasiado literarias, conste que no las dijo mi mamá).

—Buena muchacha, cierto, y un hombre ejemplar ese don Basilio. En veinte años que llevaba de administrar nuestras fincas jamás había inventado una gotera... jamás se había cogido un real. Ella los estimaba mucho, los protegería siempre, y acabaría por casar a la chica con un hombre honrado, trabajador, que la hiciera feliz... Pero conmigo, ¡qué disparate!

Inútil me parece decir, que mi madre me convenció bien y pronto, y que un mes después, sin haberle dejado a Antonia de mí más que la mitad de aquel beso compartido entre el clavel y sus labios, partí para Francia.

V

47

TORNÉ al cabo de seis años, y supe que don Basilio y su esposa habían muerto, que Antonia se había casado y tenía tres hijos. Mi madre la había apadrinado. “Sólo que, según sus palabras, no había tenido buena mano”.

—Figúrate —añadió— que su marido bebe, bebe mucho desde hace dos años, y ella está muy enferma, tiene un tumor, dicen que canceroso... Si no fuera por mí, la hubiera matado el hambre antes que la enfermedad, que no la ha de perdonar por cierto. Parecía tan honrado y tan laborioso su marido... Es un mecánico inteligente y trabajador, especialista en bicicletas, y trabajaba en una casa de la avenida Juárez, hasta que

le dio por la bebida y lo pusieron de patitas en la calle. ¡Pobre Antonia!

Confieso que al oír a mi madre, sentí un vago malestar y hasta un poquillo de remordimiento; mas este último me lo sacudí del cerebro con una reflexión perogrullesca: yo no tenía la culpa de que el marido de Antonia bebiera...

Pocos días después de tal conversación, una mañana, a eso de las diez, leía yo los diarios, arrellanado en una mecedora de mimbre, en el corredor de mi casa, cuando un chiquillo de cuatro o cinco años de edad, muy pobremente vestido, subió como relámpago la escalera, y casi casi fue a caer sobre mi asiento.

Yo hice un movimiento de sorpresa, al que él respondió, pálido y cortado el aliento, diciéndome:

—Vengo a buscar a la señora...

Mi madre había salido a misa y dicho que después iría a hacer algunas compras.

—Volverá tarde —respondí al chiquillo, cuyos enormes ojos azorados se clavaban en mí con angustia—. ¿Qué le querías...?

—Mamá sigue mala y deseaba verla.

—Y ¿quién es “mamá”?

El niño se quedó perplejo por un instante; mas luego respondió lleno de convicción:

—Mamá Toña, mamá Toña...

—¡Mamá Toña!

Comprendí, y si no lo hubiera comprendido, habríanmelo dicho aquellos ojos aterciopelados, llenos ahora de una honda pena: ¡los mismos ojos de Antonia!

—La señora vendrá tarde —indiqué al niño, y, movido por repentina piedad, añadí—, pero dile a tu mamá, que yo, Francisco, iré a verla en cuanto me vista, de aquí a una hora. ¿Dónde viven?

—Donde siempre —replicó el niño con sencillez, y después de una furtiva despedida echó a correr con la velocidad con que había venido.



VI

50

LA MISMA VIVIENDA, clara y amplia, la misma calle semi-colonial, semimoderna, en que al lado de los poderosos muros rojos de tezontle, se erguía presuntuosa y con humos de *skyscraper*, tal o cual construcción de piedra con alma de hierro... Sólo que ahora, lo nuevo era más, y lo viejo era menos. Al entrar me chocó, empero, cierto desorden en la casa, cierto abandono, cierta desolación, el *sunt lacrimae rerum*... suspirado por los muebles rotos y por las paredes desmanteladas... En el comedor, primera pieza que atravesé, el marido de Antonia, alcoholizado, roncaba estrepitosamente. En la salita, casi vacía, una muchacha indígena mecía en sus entecos brazos a una criatura hética, que berreaba a grito herido. Cerca de una de las vidrieras, donde algunos rectángulos de papel de periódico amarillento, que hinchaba a cada paso el aire de la calle, suplían a los vidrios ausentes, una chiquilla como de tres años jugaba con carretes vacíos e hilachos descoloridos, murmurando no sé qué soliloquio incoherente y apacible. Iba yo a pasar a la pieza inmediata, la de Antonia, sin duda, cuando el niño de marras, que había salido a recibirme, me dijo:

—Que dice mi mamá que si no le hace el favor de esperar un momentito. Se está arreglando.

“Se está arreglando”...; esta sencilla frase era todo un poema de delicadeza; era una sonrisa, una leve sonrisa al viejo

amor, que flotaba sobre toda aquella miseria y toda aquella pena. El pasado tornó a llamar con su mano de fantasma a mi corazón, pero tan quedo... ¡había transcurrido tanto tiempo!... Por fin, el chiquillo volvió; con sencilla familiaridad me dio la mano y me condujo a la pieza de Antonia. Yacía ésta en un pequeño catre de hierro desconchado, y, con un esfuerzo que se adivinaba a primera vista, había arreglado las ropas, zurcidas, pero albeantes, hecho sacudir y ordenar los pobres muebles de la estancia, y (dulce y melancólica coquetería de enferma) habíase puesto un caracol muy limpio, ornado con un viejo listón malva, único lujo de su indigencia, prenda única que encontró, sin duda, a mano, para recibirme...

Me sonrió con una pálida, y dijera yo, “otoñal” sonrisa, y me indicó una silla de tule a su lado.

—¿Cómo estás? —me dijo con una inflexión de tranquilo afecto—; ¡qué grande has vuelto! Tenía muchos deseos de verte, pero me daba pena escribírtelo... Yo estoy muy enferma, muy enferma... si supieras —y meneaba la cabeza con un movimiento acompasado, de una melancolía indecible.

Me senté a su lado, y ella, con una sencillez infinita, ajena a toda alusión, a todo reproche, con una inflexión de paz, de abandono, de resignación casi animal ante la vida, como si su único día de amor, la esplendidez de su único día de amor, se hubiera ya perdido entre las perspectivas más lejanas de su existencia, ahogado en un mar de alcohol, de miseria, de enfermedad y de hastío, siguió diciendo:

—Desde que tú te fuiste me ha ido muy mal. Sabrás que me casé. Mi marido era al principio muy trabajador y muy bueno; pero los amigos lo han perdido, los amigos y su debilidad de carácter. Ahora es incorregible, bebe sin cesar, y aunque en el fondo le apena verme tan enferma, el vicio puede más que él. Tu mamá, que ha sido mi providencia en la tierra, me ha prometido que lo pondrá en un asilo, a ver si lo curan con esas inyecciones de bicloruro de oro, que dizque son tan buenas y eficaces... Ya tiene un principio de *delirium tremens*, y las noches que pasamos con él son espantosas.

52

Mientras hablaba con aquella monótona tristeza mezclada de estoicismo, yo la contemplaba con pena. Sus encantos de los diecisiete años habían desaparecido por completo; su cutis estaba manchado de paño; su busto era tan descarnado, que daba angustia; solamente sobre el desastre de su hermosura, sobre el derrumbamiento entero de su gracia, sus dos ojos, sus dos enormes ojos aterciopelados, negros y pensativos, seguían radiando misteriosamente, como dos estrellas sobre una ruina abandonada...

Y siguió su monólogo:

—Desde mi último niño no he quedado bien, y no puedo levantarme sino con dolor y fatiga, con mucha fatiga, sobre todo. No creas, tengo miedo de ya no aliviarme. Es una enfermedad de la cintura la que he contraído, puede ser que un tumor. No tengo fuerza para nada... Carlitos —y señalaba al mayorcito de sus hijos, el que me había guiado, y que

en aquel momento, arrodillado al pie del lecho, clavaba en su mamá sus bellos ojos acariciadores— es el único que me ayuda... ¡Pero es tan pequeño! La muchacha mandadera se ocupa el día entero con la criatura, que está enferma también y llora mucho...

Y todo esto lo monologaba más que lo refería, con la misma voz lejana, igual, velada apenas por una sombra de dolor. Ya no pretendía resucitar ni evocar siquiera el pasado; había abdicado de todo, de su hermosura, de su juventud... hasta de sus recuerdos quizá. Ya no pensaba tal vez nunca en su infantil idilio roto... ¿para qué?... Cuando se bracea en plena borrasca no es el momento de recordar la vieja barca lírica que al son de flautas y violines nos llevaba por el canal apacible, sombreado de álamos, hacia la escalinata de mármol... Quizá, a lo sumo, alguna vez, en la desolación de su espíritu resignado, murmuraba, vaga, muy vagamente, aquel “pudo haber sido”... consuelo único de lo irremediable, que inspiró a Dante Gabriel Rossetti sus versos dolorosos:

“Look in my face; my name is Might-have-been”

No flotaba en su naufragio ni un átomo siquiera de su vanidad de mujer; la enfermedad y las penas la habían afeado y destruido, ella lo sabía bien, y sus ojos decían que ya no esperaba nada, que ya no quería nada, que no tenía reproche alguno que hacerme ni que hacerle a la vida, y que sólo pedía un poco de pan y un poco de piedad para sus hijos.

Mi vieja misericordia se derramó sobre mi espíritu como una agua clara, y humedeció mis ojos con dos lágrimas... que procuré ocultar. Tomé dulcemente la mano de la enferma, aquella pobre y pálida mano, en uno de cuyos dedos se notaba aún la cicatriz de la quemada de antaño, y acariciándola con abandono fraternal entre las mías, le dije:

—Tranquilízate, Antonia, ya nada te faltará... ya nada les faltará a tus hijos.

Después, sintiéndome incapaz de permanecer sereno, me levanté para marcharme.

—Hoy mismo —añadí— te enviaré un buen médico; mi madre también vendrá a verte y te traerá todo lo necesario.

54 —Dios te lo pague, Francisco, Dios te lo pague... —añadió la enferma—, hasta luego entonces, ¿eh? Dios te lo pague.

Y de pronto, como movida por una súbita y delicada inspiración:

—Mira, Carlitos —dijo al niño—, abre el balcón y córtate un clavel de la maceta, para el señor. Todavía ayer los regué —agregó, dirigiéndose a mí— en un momento en que pude levantarme... *Son de los mismos...*

Volvió el niño con la flor, y ella la tomó, hizo que me acercara, e incorporándose con pena, la prendió trabajosamente en el ojal de mi levita.

Después, como para defenderse de una emoción que acaso sentía ya brotar a sus ojos en sal y amargura de llanto,

atrajo a su pecho la cabecita de su hijo, murmurándome aún:
—Hasta luego; que Dios te lo pague —y escondió su rostro
entre los rizos pálidos del niño, mientras yo me alejaba
lentamente...



Los mudos

AQUELLA TARDE, en el paseo, llamó mi atención un grupo original.

Formáballo una mujer, joven aún, como de treinta y cinco años, en cuyas sienes ensortijábanse raros hilos de plata, y dos hombres como de treinta, altos, esbeltos, elegantes los tres.

La dama o señorita parecíaseles en extremo. Hubiera sido ocioso preguntar si eran hermanos y hermana.

Marchaban, ella entre los dos, silenciosamente, tanto que, según pude observar durante largo rato, no cruzaron una sola palabra.

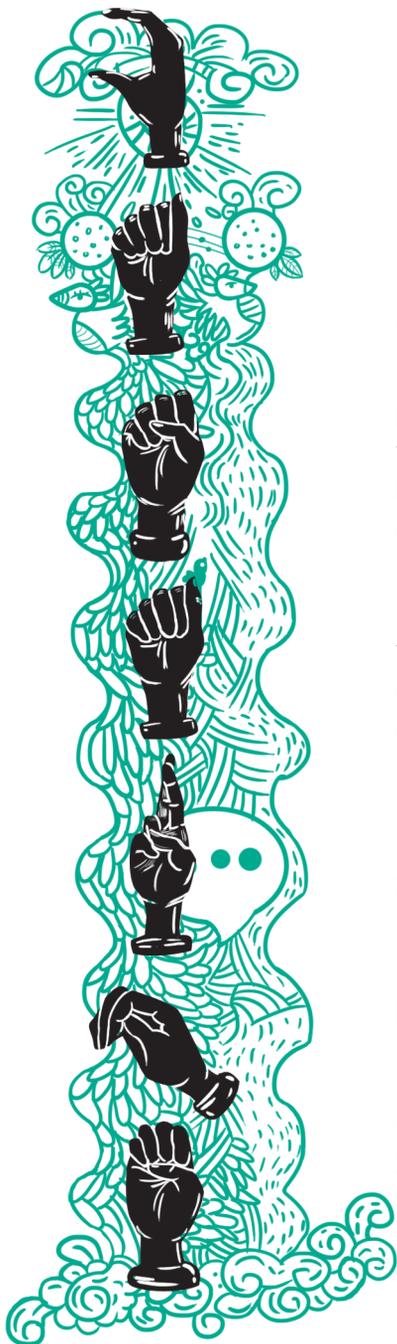
Sus rostros impasibles tenían no sé qué rigidez en ellos, y en ella no sé que expresión lejana y como nostálgica.

Ellos eran rubios, ella morena, con ojazos negros, luminosos y tristes.

El extraño grupo no se apartó de mi imaginación durante buena parte de la noche.

No creo exagerar si digo que a costa suya, y con ellos como esenciales personajes, forjé dos o tres novelas misteriosas y complicadas...

La realidad era, sin embargo, sencilla, como todas las realidades, y la supe pocos días después, en el salón de la marquesa de..., donde en calidad de compatriota fui presentado



a la mujer enigmática y estreché la diestra de sus hermanos silenciosos.

Sencilla era la realidad, sí, y conmovedora: aquella mujer, hermana, en efecto, de los dos jóvenes (gemelos éstos y sordomudos), pertenecía a una opulenta familia de la provincia mexicana. Era la mayor de la casa y, huérfana de madre desde temprana edad, hacía sus veces con los dos hermanos impedidos.

Cuando su padre estuvo en trance de morir, llamola a su lecho y díjole: “Hija mía, voy a hacerte una súplica, a pedirte un sacrificio, acaso muy grande. Tú sabes cuánto quiero a Pedro y a Juan y cómo me inquieta su suerte. ¿Qué va a ser de ellos con su enfermedad, con ese muro impenetrable que los separa de la sociedad de sus semejantes y los deja inermes ante la lucha por la vida? No te cases, hija mía, hasta que estés segura de que no necesitan de ti. ¿Quieres darme esta prueba de cariño, mi María, a fin de que yo muera en paz?”.

Ella, rodeando suavemente con sus brazos la cabeza del moribundo, juró que así lo haría; aceptó, con ese espíritu de sacrificio

innato en nuestras mujeres hispanoamericanas, la maternidad espiritual que se le confiaba.

Pasaron los años. La mamita era adorada por los hermanos mudos, celosos de su nunca desmentida solicitud, a un punto tal, que ni un instante se separaban de ella en las horas hábiles, e iban a su lado, como dos graves custodios, en los paseos y reuniones...

Pero un día, el amor llamó al corazón de aquella mujer.

El pretendiente era bueno, rico, gallardo, y la adoraba desde hacía tiempo, de lejos.

La mamita vaciló... Cierto que sus hermanos aún no habían cumplido la mayor edad y apenas podían valerse... pero aquel cariño era imperioso.

Él, viéndola dudar, insistió. La pobre muchacha, ante las súplicas del hombre amado, debatíase penosamente. Al fin resolvió consultar con los mudos, recabar su consentimiento, pedirles que le devolviesen su derecho a ser feliz...

Mas apenas la hermosa mano alargada, la fina y noble mano figuró las primeras letras del usual alfabeto del abate de l'Épée, por medio del cual se entendían, los mudos palidiecion hasta la muerte, cayeron de rodillas a sus pies, asiéronse a sus ropas, y, con inarticulados y discordantes gritos de guturales rispídecas, y con ojos enormemente abiertos en que se leían la ira, el espanto, los celos, imploraron de la vestal que siguiese siéndolo hasta el fin...

Sus almas enfermas, medrosas y pueriles temblaban convulsivamente en cada uno de los miembros de sus cuerpos.

María tuvo piedad... Cerró los ojos; irguió la cabeza; apretó con sus manos frías de angustia las manos convulsas y febriles de los gemelos... y éstos comprendieron con regocijado egoísmo de seres débiles, que estaban salvados, que el sacrificio se consumaba definitivamente...

Siguió el tiempo devanando su hilo misterioso, y aquella trinidad peregrina continuó en aparente calma por el sendero de la vida... no sin que en los ojos de ellos brillase el recelo a la menor mirada curiosa o tierna dirigida a María, no sin que los tristes y radiosos ojos de ella se clavasen de vez en cuando en una vaga e inaccesible lontananza, como para columbrar el ideal perdido...



El transmisor

CUANDO EL EMPLEADO, con solicitud no desmentida, había recorrido ya con los turistas la mayor parte de los departamentos de la negociación, ponderando la importancia de ésta en México, la suma de esfuerzos y de gastos que suponía, el número de brazos que ocupaba y la difusión de bienestar que determinaba en la comarca, detúvose ante una puerta en cuyo dintel se leía: “Transmisor”, y dando a su voz inflexiones de confianza, dijo, a tiempo que introducía una pequeña llave en la cerradura y empujaba las maderas:

—En esta reducida pieza tienen ustedes a la fuerza bajo uno de sus aspectos más formidables y más disimulados. Nada parece indicarlo, ¿verdad? Un aparato de madera barnizada, fijo a la pared, muy semejante a la caja de un teléfono, y en cuyo centro hay un botón de cobre —y lo señalaba—, y sin embargo, ese botón, con el cual conectan innumerables hilos de alambre, vibra el rayo, un haz de rayos; ese botón distribuye la potencia eléctrica y la regula, y la potencia eléctrica significa en este caso... ¡diez mil voltios! ¿Saben ustedes lo que son diez mil voltios? —los turistas hicieron un signo de cabeza afirmativo—, bastaría estar al tanto de que el máximo de vigor eléctrico necesario para la electroejecución, hoy aplicada a los reos de pena capital en Nueva York, es de mil voltios: el más excepcional organismo quedaría fulmina-

do ante factor de tal energía; imagínense, pues, lo que serán diez mil voltios... y a qué se reduciría el hombre que tocase el botón...

Los turistas —quién más, quién menos— sintieron correr por la médula espinal un estremecimiento helado.

—¿Y cómo manejan ustedes tan horrible aparato?

—Con eficaces aisladores —respondió el empleado, quien satisfecho de la impresión que causaba, añadió—, y ya lo ven ustedes, no lo resguarda ni una débil cubierta de cristal; está a la mano... Ciertamente es que no permitimos la entrada aquí sino a los electricistas y a tales o cuales personas de cuya prudencia estamos seguros... Pero el tiempo vuela; ¿desean ustedes que continuemos nuestra visita?

—Con mucho gusto.

—Pasaremos de nuevo por la pieza dentro de breve rato para ver la dirección, y acaso presenciéis ustedes el funcionamiento del “transmisor”.

—Yo los aguardo aquí —dijo uno de los visitantes, joven de pálida fisonomía y de grandes ojos, profundamente negros—, me siento fatigado y este sillón —un amplio sillón de escritorio, acojinado— es muy cómodo...

—¿Intentaría usted, por ventura suicidarse? —interrogó el empleado en son de broma.

El joven dejó ver una franca sonrisa, que habría disipado, de existir, la menor duda, y el empleado, después de un

“cuidado” dicho con indiferente jovialidad, continuó con los demás turistas la visita.

Ya solo, el joven, como atraído por invencible imán, clavó sus ojos en el botón de cobre que brillaba siniestramente en medio de la madera, y se dijo:

—Si yo lo tocase con el índice, nada más que con el extremo del índice...

Pero, apenas formulada esta idea, se sobrecogió de espanto...

Habríase visto ocurrencia más insensata... Lo mejor era salir de ahí... E hizo un impulso para levantarse. Pero continuó sentado.

En verdad, una fuerza desconocida le retenía, y no era la primera vez que experimentaba la fascinación del peligro.

Extraordinariamente nervioso y sugestionable, en varias ocasiones sintió en las alturas el vivo deseo de arrojarse al abismo, y momento hubo en que, dominando el instinto de conservación, sus manos se aferrasen, frías, a los hierros de un barandal o a la saliente de una cornisa, en tanto que recorría su cuerpo un calosfrío muy semejante al que se experimenta cuando se va a saltar de una eminencia cualquiera, en los recreos del colegio.

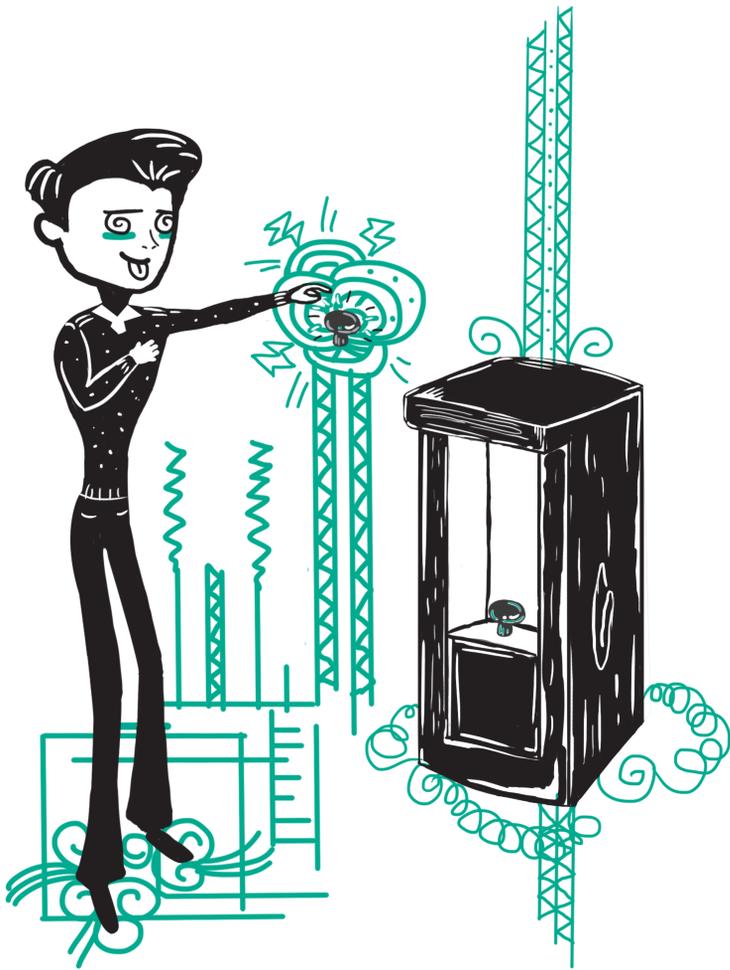
Pero entonces la tentación era más fuerte; el disimulo, la hipocresía de una fuerza incalculable, tremenda, aplastante, que radicaba en un botón de cobre de inofensiva apariencia, le enloquecían.

Quiso analizar fríamente el impulso interno y misterioso que le dominaba.

¿Era hijo de la obsesión del suicidio? No, sin duda. Jamás había deseado la muerte. Su exquisita sensibilidad de nervioso, y de nervioso finamente educado, vibraba a todas las influencias externas, aun a las más leves versatilidades climáticas, dándole malos ratos, es cierto; pero, en cambio, le producía sensaciones cada vez más refinadas y hermosas. Su posición holgada de estudiante rico era envidiable; su libertad, ilimitada; su salud, perfecta... Ahora disfrutaba de divertidas vacaciones semestrales, recorriendo una hermosa comarca de la provincia, con camaradas alegres, y pronto regresaría a México a reanudar sus estudios y sus placeres fáciles de *boulevard*. ¿Por qué, pues, había de querer suicidarse? No, no era el deseo preciso y determinado de morir el que le asaltaba ante ciertos peligros, sino la avidez de meterse en ellos, el vértigo de abrazarlos, una atracción arcana que nacía de todo su ser, tendido entonces hacia el abismo, hacia la vorágine, hacia el riesgo... Recordaba el esfuerzo prodigioso que en cierta ocasión tuvo que emplear para no arrojarse de la canastilla de un globo cautivo que ascendía periódicamente en la Alameda, y su fiebre por deslizarse en el plano inclinado de la montaña rusa.

El vértigo, eso era, un vértigo inexplicable.

Y el botón de cobre seguía brillando siniestramente...



¿Qué sentiría si lo tocara con el índice, nada más que con el extremo del índice?...

Un golpe, solo un golpe... acaso nada; tan instantánea sería la disolución de su organismo... ¿Qué se siente con un rayo? Nada, puesto que todas las funciones cerebrales cesan con brusquedad.

¡Si lo tocara con el índice, nada más que con el extremo del índice!...

Se estremeció de nuevo y púsose en pie.

Pronto estarían de vuelta los compañeros, y él ya no podría saciar su avidez, su horrible avidez...

Tornó a mirar el botón: un simple disco metálico muy semejante a un tornillo. ¡Si parecía mentira que aquello encerrase la muerte... el rayo... un haz de rayos... diez mil voltios!

66

Qué pavorosa es a veces la fuerza; no cuando se exhibe con todo el aparato de sus calderas, de sus engranes, de sus poleas... sino cuando se oculta en el hilo forrado de seda, en la bobina verde que semeja un carrete de bordador, en el botón de cobre o de porcelana...

¡Si lo tocara con el índice, nada más que con el extremo del índice!...

Se había acercado maquinalmente al transmisor, y palidecía en exceso...

Oyéronse voces en la pieza inmediata.

Los compañeros volvían.

El joven, como hipnotizado por el brillo del botón, no apartaba de él sus ojos dilatados.

El tiempo urgía... Si lo tocara con el índice... nada más que con el extremo del índice...

Las voces oíanse distintamente.

¿Qué hacer? Sacudiolo un postrer estremecimiento, y con ademán resuelto, alargó la mano.



La locomotora

ENTRE LA PRADERA por donde paseaban y el coqueto caerío, atrayente y risueño a fuerza de color y de claridad, estaba la punta oscura y enorme de los rieles, que se prolongaban, hasta perderse de vista, en un cercano recodo, la acerada rapidez de sus paralelas.



El matrimonio y los dos niños tuvieron la misma idea: ir allá entre las coquetas casitas rojas y azules que eran la seducción por excelencia del paisaje.

¿Pero y los rieles?, ¿el peligro de atravesar los rieles?

Antes de que el marido reconociese esta objeción, la señora, con el mayor de los niños, que la acompañaba, echó a correr, saltando durmientes y hierros y en tres minutos se mostró triunfante al otro lado, sobre el talud mullido del césped.

Siguió el esposo con el niño más pequeño de la mano. El chico brincaba riel a riel y pretendía, en algunos, caminar, haciendo equilibrio sobre la angosta superficie, sostenido siempre por la mano de su padre.

70

De pronto, un ronco silbido los paralizó a los dos de sorpresa. Del recodo surgía poderosa, violenta, empenachada de fuego, una locomotora; detrás asomaban los primeros coches de un gran expreso.

La madre, allá en el talud, lanzó un grito desesperado.

El padre, con esa lucidez de los inevitables momentos de peligro y la loca premura de su pensamiento angustiado, se dijo:

“Es imposible llegar hasta el talud antes que pase el tren”.

Luego, siguió pensando, siguió pensando, con la concatenación de imágenes y de ideas que se producen vertiginosamente y fuera del tiempo, en los trances supremos:

“Hay muchos rieles, y por tanto muchas probabilidades de que la máquina no recorra la misma vía en que estoy en

estos momentos: si echo a correr, el peligro es mayor. Si espero en firme aquí, quizá nos salvemos”.

No vaciló. Apretó fuertemente entre sus brazos al niño y cerró los ojos...

El estruendo del tren se hacía mayor por instantes. Parecía que la tierra toda era presa de una convulsión y se poblaba de rumores.

“Viene hacia nosotros”, pensó: “Va a aplastarnos”.

Y apretó más al niño contra su corazón.

Su pensamiento desbocado siguió agitando imágenes en la fiebre de aquel instante definitivo...

Entre tanto, sobreponiéndose a aquel como quebrantamiento, como machacamiento formidable de fierro con que se aproximaba la locomotora, sobresaliendo entre el ruido desconcertador, seguían oyéndose los chillidos de la madre, allá en el talud...

Y él imaginaba su muerte: la máquina iba a aplastarlos, a triturarlos, a untarlos materialmente en los rieles. Todas sus lecturas de catástrofes le vinieron a la mente. Vio su cerebro salpicando los postes del telégrafo, sus miembros despedazados, dispersos; segada la cabeza como a cercén por los filos de las ruedas, y los ojos saltando horriblemente de las órbitas como para mirar el espanto de la escena...

El niño, que hasta entonces había permanecido en un silencio trágico, preguntó:

—Papá, qué, ¿va a dolernos...?

En ese mismo instante el estruendo llegaba a su máximo y la gigantesca máquina, con su rosario de coches, pasaba zumbando por los rieles inmediatos.

Una sensación de bochorno, de calor intenso... Luego, al abrir los ojos, el último coche que huía casi rozándolos.

A lo lejos el amenazador penacho que se desmenuzaba en el aire. Estaban salvados.



El automóvil de la muerte

A Enrique Díez-Canedo

LOS CAMPESINOS ESTABAN INDIGNADOS, con esa indignación que atropella por todo, que no mide ya el alcance ni las consecuencias de los actos.

Por la mañana, como a las diez, una enorme máquina, poderosísima: 130 HP, venía con velocidad loca por la gran carretera.

Una banda de gansos, gordos y lucios, atravesaba a la sazón. El *chauffeur* hizo cuanto pudo para evitarla, pero los volátiles, gansos al fin, en lugar de escapar, agrupáronse en medio del camino.

73

No había ya posibilidad de detener la máquina. Intentarlo era ir al *panache*, es decir a la muerte.

El *chauffeur* tomó una súbita resolución y pasó sobre los gansos.

—¡Clac! ¡Clac!

Un ruido como de vejiga que se revienta, como de grasa que se aplasta, y un torbellino de plumas blancas...

La equidad pedía que la máquina se detuviese más allá, que volviera sobre sus pasos y que el automovilista pagase los daños causados: cinco gansos muertos, a veinte francos por cabeza, cuando menos.



Pero el automovilista, que ya se había visto —en su larga carrera deportiva— enredado en otras reclamaciones, temió las cóleras de los campesinos, las dificultades para un arreglo con el pastor, las molestias del Juzgado de Paz... y siguió a todo vuelo, a ciento y pico a la hora, dejando detrás un reguero de plumas y de indignaciones impotentes...

Por la tarde, como si aquello no bastara, otra máquina chocó violentamente con una vaca plácida, que no hizo caso de la trompa, sumida como estaba en su quieto budismo de rumiante.

La bestia no murió; pero quedó maltrecha, patas arriba, en la cuneta.

74

Como estaba embarazada, el propietario, un pobre diablo que no poseía más en el mundo, se entregó a la desesperación, seguro de que el terrible golpe tendría consecuencias fatales.

Al anoecer, el estado de ánimo de aquellas miserables gentes era verdaderamente lastimoso.

Las dos máquinas agresoras, que los arruinaban con tan repentina y formidable injusticia, se habían desvanecido como sombras.

Cuando ellos llegaron, así el de los gansos como el de la vaca, al lugar de la tragedia, de los automóviles no quedaba más rastro que un poco de polvo, y un olor de bencina...

imposible ver ni el número ni la procedencia de ninguno de ellos. Habían hecho el mal con escandalosa impunidad, con la aplastante indiferencia de sus ciento y tantos caballos, y habían desaparecido luego por el camino polvoso lleno de huellas.

—¡Mis mejores gansos! —gemía el uno—. ¡Más de cien francos, el pan de tres meses!

—¡Mi vaca! —exclamaba el otro—. ¡Mi hermosa vaca que vale doscientos!

Pronto un grupo compacto de labriegos, huertanos y pastores, rodeaba a los quejosos. Una ira sorda primero, ruidosa después, se iba exhalando de aquellos pechos rugosos y velludos, contra la máquina implacable, soberbia, brutal, que siega vidas y pulveriza haciendas con una indiferencia de Jaganath indo; ¡que nunca tiene piedad, que lo menos que hace es arrojar su polvo a la cara de los pobres, de los que no poseen para sus peregrinaciones más que la elasticidad de sus pies o la mansedumbre de su borrico!...

¿Cuál de los campesinos sugirió la mala idea? ¡Quién sabe! Pero en aquellos espíritus alterados prendió instantáneamente.

¡Eso era! ¡Había que vengarse! Ya volverían los automóviles y el que primero pasara se llevaría el castigo. ¡El tremendo castigo!

De un cercado cortaron un largo alambre y lo tendieron a través del camino, atándolo fuertemente a dos árboles, a altura bien estudiada.

Luego, refugiáronse en un rincón de verdura y de sombra, y silenciosos y fatales como el destino, mudas ya sus cóleras ante la proximidad de la ansiada represalia, esperaron...

No esperaron mucho:

La noche había caído y en el lejano recodo de la carretera apareció palpitando y resoplando, encendidos sus enormes ojos encandiladores, cuyos haces barrían las tinieblas, un gran automóvil descubierto, lleno de risas, de perfumes y de flotar de velos blancos, azules y rosas.

Venía el *chauffeur*, cuatro damas, elegantes y lindas, y el marido de una de ellas; cierto título *sportman*, harto conocido en París, Biarritz y Madrid.

Los aldeanos, agazapados, no respiraban.



De pronto algo indecible, espantoso, se produjo.

El alambre tendido y rígido, cercenó, con la misma facilidad con que un hilo secciona un bloque de mantequilla, primero dos cabezas; luego tres...

El *chauffeur*, debido a su inclinación accidental sobre el “gobierno”, se salvó, y en medio del estruendo y la velocidad ni se dio cuenta de aquellos ruidos breves y extraños, como de desgarramiento, de aquel silencio que siguió a las risas...

¡Oh el automóvil de decapitados, el espantoso automóvil de la muerte, con sus cinco troncos, echados un poco hacia atrás y desangrándose lentamente!

¡Oh el horrible automóvil de guillotinos, que seguía en medio de la noche, por la gran carretera...!

Dentro, dos cabezas habían caído. Las otras habían rodado al camino, con sus sombreros vistosos, con sus grandes velos flotantes... ¡Oh el infame automóvil de la morgue!, la odiosa máquina encharcada de sangre, que seguía con su velocidad loca a lo largo de la gran cinta blanca bordada de árboles...

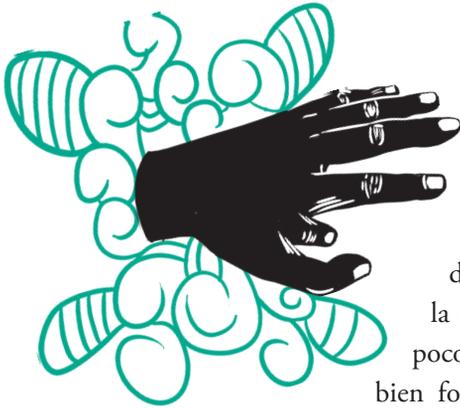
¡Y qué visión de pesadilla cuando el coche se detuvo en el *garage*, lleno de gente, iluminado por grandes focos, y *todos vieron*, vieron por fin *aquello*!

Aquello indescriptible que había allí dentro, sobre la fina piel de los cojines...

La última guerra

|

TRES HABÍAN SIDO las grandes revoluciones de que se tenía noticia: la que pudiéramos llamar revolución cristiana, que en modo tal modificó la sociedad y la vida en todo el haz del planeta; la Revolución francesa que, eminentemente justiciera, vino, a cercén de guillotina, a igualar derechos y cabezas, y la revolución socialista, la más reciente de todas, aunque remontaba al año 2030 de la era cristiana. Inútil sería insistir sobre el horror y la unanimidad de esta última revolución, que conmovió la tierra hasta en sus cimientos y que de una manera tan radical reformó ideas, condiciones, costumbres, partiendo en dos el tiempo, de suerte que en adelante ya no pudo decirse sino: “Antes de la revolución social”; “Después de la revolución social”. Sólo haremos notar que hasta la propia fisonomía de la especie, merced a esta gran conmoción, se modificó en cierto modo. Cuéntase, en efecto, que antes de la revolución había, sobre todo en los últimos años que la precedieron, ciertos signos muy visibles que distinguían físicamente a las clases llamadas entonces privilegiadas, de los proletarios, a saber: las manos de los individuos de las primeras, sobre todo de las mujeres, tenían dedos afilados, largos, de una delicadeza superior al pétalo de un jazmín,



80

en tanto que las manos de los proletarios, fuera de su notable aspereza o del espesor exagerado de sus dedos, solían tener seis de éstos en la diestra, encontrándose el sexto (un poco rudimentario a decir verdad y más bien formado por una callosidad semiarticulada) entre el pulgar y el índice, generalmente. Otras muchas marcas delataban, a lo que se cuenta, la diferencia de las clases, y mucho temeríamos fatigar la paciencia del oyente enumerándolas. Sólo diremos que los gremios de conductores de vehículos y locomóviles de cualquier género, tales como aeroplanos, aeronaves, aerociclos, automóviles, expresos magnéticos, directísimos transtereolunares, etc., cuya característica en el trabajo era la perpetua inmovilidad de piernas, habían llegado a la atrofia absoluta de éstas, al grado de que, terminadas sus tareas, se dirigían a sus domicilios en pequeños carros eléctricos, especiales, usando de ellos para cualquier traslación personal. La revolución social vino empero a cambiar de tal suerte la condición humana, que todas estas características fueron desapareciendo en el transcurso de los siglos, y en el año 3 502 de la nueva era (o sea 5 532 de la era cristiana), no quedaba ni un vestigio de tal desigualdad dolorosa entre los miembros de la humanidad.

La revolución social se maduró, no hay niño de escuela que no lo sepa, con la anticipación de muchos siglos. En reali-

dad la Revolución francesa la preparó; fue el segundo eslabón de la cadena de progresos y de libertades que empezó con la revolución cristiana; pero hasta el siglo XIX de la vieja era no empezó a definirse el movimiento unánime de los hombres hacia la igualdad. En el año de la era cristiana 1950 murió el último rey, un rey del Extremo Oriente, visto como una positiva curiosidad por las gentes de aquel tiempo. Europa, que, según la predicción de un gran capitán (a decir verdad, considerado hoy por muchos historiadores como un personaje mítico), en los comienzos del siglo XX (d. J. C.) “tendría que ser republicana o cosaca”, se convirtió, en efecto, en el año de 1916, en los “Estados Unidos de Europa”, federación creada a imagen y semejanza de los Estados Unidos de América (cuyo recuerdo en los anales de la humanidad ha sido tan brillante, y que en aquel entonces ejercían en los destinos del Viejo Continente una influencia omnímoda).

81

||

PERO NO DIVAGUEMOS: ya hemos usado más de tres cilindros de fonotelerradiógrafo en pensar estas reminiscencias, y no llegamos aún al punto capital de nuestra narración.

Como decíamos al principio, tres habían sido las grandes revoluciones de que se tenía noticia; pero, después de ellas, la humanidad, acostumbrada a una paz y a una estabilidad in-

conmovibles, así en el terreno científico, merced a lo definitivo de los principios conquistados, como en el terreno social, gracias a la maravillosa sabiduría de las leyes y a la alta moralidad de las costumbres, había perdido hasta la noción de lo que era vigilancia y cautela, y a pesar de su aprendizaje de sangre, tan largo, no sospechaba los terribles acontecimientos que estaban a punto de producirse.

82

La ignorancia del inmenso complot que se fraguaba en todas partes, se explica, por lo demás, perfectamente, por varias razones: en primer lugar, el lenguaje hablado por los animales, lenguaje primitivo, pero pintoresco y bello, era conocido de muy pocos hombres, y esto se comprende; los seres vivientes estaban divididos entonces en dos únicas porciones: los hombres, la clase superior, la *élite*, como si dijéramos, del planeta, iguales todos en derechos y casi, casi en intelectualidad, y los animales, humanidad inferior que iba progresando muy lentamente a lo largo de los milenarios, pero que se encontraba en aquel entonces, por lo que ve a los mamíferos, sobre todo, en ciertas condiciones de perfectibilidad relativa muy apreciables. Ahora bien: la *élite*, el hombre, hubiera juzgado indecoroso para su dignidad aprender cualquiera de los dialectos animales llamados “inferiores”.

En segundo lugar, la separación entre ambas porciones de la humanidad era completa, pues aun cuando cada familia de hombres alojaba en su habitación propia a dos o tres animales que ejecutaban todos los servicios, hasta los más

pesados, como los de la cocina (preparación química de pastillas y de jugos para inyecciones), el aseo de la casa, el cultivo de la tierra, etc., no era común tratar con ellos, sino para darles órdenes en el idioma patricio, o sea el del hombre, que todos ellos aprendían.

En tercer lugar, la dulzura del yugo a que se les tenía sujetos, la holgura relativa de sus recreos, les daba tiempo de conspirar tranquilamente, sobre todo en sus centros de reunión, los días de descanso, centros a los que era raro que concurriese hombre alguno.



¿CUÁLES FUERON las causas determinantes de esta cuarta revolución, la última (así lo espero) de las que han ensangrentado el planeta? En tesis general, las mismas que ocasionaron la revolución social, las mismas que han ocasionado, puede decirse, todas las revoluciones: viejas hambres, viejos odios hereditarios, la tendencia a la igualdad de prerrogativas y de derechos, y la aspiración a lo mejor, latente en el alma de todos los seres...

Los animales no podían quejarse por cierto: el hombre era para ellos paternal, más paternal de lo que lo fueron para el proletario los grandes señores después de la Revolución francesa. Obligábalos a desempeñar tareas relativamente rudas, es

cierto; porque él, por lo excelente de su naturaleza, se dedicaba de preferencia a la contemplación; mas un intercambio noble, y aun magnánimo, recompensaba estos trabajos con relativas comodidades y placeres. Empero, por una parte el odio atávico de que hablamos, acumulado en tantos siglos de malos tratamientos, y por otra el anhelo, quizá justo ya, de reposo y de mando, determinaban aquella lucha que iba a hacer época en los anales del mundo.

84

Para que los que oyen esta historia puedan darse una cuenta más exacta y más gráfica, si vale la palabra, de los hechos que precedieron a la revolución, a la rebelión debiéramos decir, de los animales contra el hombre, vamos a hacerles asistir a una de tantas asambleas secretas que se convocaban para definir el programa de la tremenda pugna, asamblea efectuada en México, uno de los grandes focos directores y que, cumpliendo la profecía de un viejo sabio del siglo XIX, llamado Elíseo Reclus, se había convertido, por su posición geográfica, en la medianía de América y entre los dos grandes océanos, en el centro del mundo.

Había en la falda del Ajusco, adonde llegaban los últimos barrios de la ciudad, un gimnasio para mamíferos, en el que éstos se reunían los días de fiesta, y casi pegado al gimnasio un gran salón de conciertos, muy frecuentado por los mismos. En este salón, de condiciones acústicas perfectas y de amplitud considerable, se efectuó el domingo 3 de agosto de 5 532 (de la nueva era) la asamblea en cuestión.

Presidía *Equus Robertis*, un caballo muy hermoso por cierto, y el primer orador designado era un propagandista célebre en aquel entonces, *Can Canis*, perro de una inteligencia notable, aunque muy exaltado. Debo advertir que en todas partes del mundo repercutiría, como si dijéramos, el discurso en cuestión, merced a emisores especiales que registraban toda vibración y la transmitían sólo a aquellos que tenían los receptores correspondientes, utilizando ciertas corrientes magnéticas; aparatos estos ya hoy en desuso por poco prácticos.

Cuando *Can Canis* se puso en pie para dirigir la palabra al auditorio, oyéronse por todas partes rumores de aprobación.

IV

85

“**M**IS QUERIDOS HERMANOS —empezó *Can Canis*:
”La hora de nuestra definitiva liberación está próxima. A un signo nuestro, centenares de millares de hermanos se levantarán como una sola masa y caerán sobre los hombres, sobre los tiranos, con la rapidez de una centella. El hombre desaparecerá del haz del planeta, y hasta su huella se desvanecerá con él. Entonces seremos nosotros dueños de la tierra, volveremos a serlo, mejor dicho, pues que primero que nadie lo fuimos, en el albor de los milenarios, antes de que el antropoide apareciese en las florestas vírgenes y de

que su aullido de terror repercutiese en las cavernas ancestrales. ¡Ah!, todos llevamos en los glóbulos de nuestra sangre el recuerdo orgánico, si la frase se me permite, de aquellos tiempos benditos en que fuimos los reyes del mundo. Entonces, el sol, enmarañado aún de llamas a la simple vista, enorme y tórrido, calentaba la tierra con amor en toda su superficie, y de los bosques, de los mares, de los barrancos, de los collados, se exhalaba un vaho espeso y tibio que convidaba a la pereza y a la beatitud. El mar divino fraguaba y desbarataba aún sus archipiélagos inconsistentes, tejidos de algas y de madréporas; la cordillera lejana humeaba por las mil bocas de sus volcanes, y en las noches una zona ardiente, de un rojo vivo, le prestaba una gloria extraña y temerosa. La luna, todavía joven y lozana, estremecida por el continuo bombardeo de sus cráteres, aparecía enorme y roja en el espacio, y a su luz misteriosa surgía formidable de su caverna el león saepelius, el uro erguía su testa poderosa entre las breñas, y el mastodonte contemplaba el perfil de las montañas que, según la expresión de un poeta árabe, le fingían la silueta de un abuelo gigantesco. Los saurios volantes de las primeras épocas, los iguanodontes de breves cabezas y cuerpos colosales, los megateriums torpes y lentos, no sentían turbado su reposo más que por el rumor sonoro del mar genésico que fraguaba en sus entrañas el porvenir del mundo.

”¡Cuán felices fueron nuestros padres en el nido caliente y piadoso de la tierra de entonces, envuelta en la suave cabe-

llera de esmeralda de sus vegetaciones inmensas, como una virgen que sale del baño!... ¡Cuán felices!... A sus rugidos, a sus gritos inarticulados respondían sólo los ecos de las montañas... Pero un día vieron aparecer con curiosidad, entre las mil variedades de cuadrumanos que poblaban los bosques y los llenaban con sus chillidos desapacibles, una especie de monos rubios que, más frecuentemente que los otros, se enderezaban y mantenían en posición vertical, cuyo vello era menos áspero, cuyas mandíbulas eran menos toscas, cuyos movimientos eran más suaves, más cadenciosos, más ondulantes, y en cuyos ojos grandes y rizados ardía una chispa extraña y enigmática que nuestros padres no habían visto en otros ojos en la tierra. Aquellos monos eran débiles y miserables... ¡Cuán fácil hubiera sido para nuestros abuelos gigantes exterminarlos para siempre!... Y de hecho, ¡cuántas veces, cuando la horda dormía en medio de la noche, protegida por el claror parpadeante de sus hogueras, una manada de mastodontes, espantada por algún cataclismo, rompía la débil valla de lumbré y pasaba de largo triturando huesos y aplastando vidas; o bien una turba de felinos que acechaba la extinción de las hogueras, una vez que su fuego custodio desaparecía, entraba al campamento y se ofrecía un festín de suculencia memorable... A pesar de tales catástrofes, aquellos cuadrumanos, aquellas bestezuelas frágiles, de ojos misteriosos, que sabían encender el fuego, se multiplicaban; y un día, día nefasto para nosotros, a un macho de la horda se le

ocurrió, para defenderse, echar mano de una rama de árbol, como hacían los gorilas, y aguzarla con una piedra, como los gorilas nunca soñaron hacerlo. Desde aquel día nuestro destino quedó fijado en la existencia: el hombre había inventado la máquina, y aquella estaca puntiaguda fue su cetro, el cetro de rey que le daba la naturaleza...

88

”¿A qué recordar nuestros largos milenarios de esclavitud, de dolor y de muerte?... El hombre, no contento con destinarnos a las más rudas faenas, recompensadas con malos tratamientos, hacía de muchos de nosotros su manjar habitual, nos condenaba a la vivisección y a martirios análogos, y las hecatombes seguían a las hecatombes sin una protesta, sin un movimiento de piedad... La naturaleza, empero, nos reservaba para más altos destinos que el de ser comidos a perpetuidad por nuestros tiranos. El progreso, que es la condición de todo lo que alienta, no nos exceptuaba de su ley, y a través de los siglos, algo divino que había en nuestros espíritus rudimentarios, un germen luminoso de intelectualidad, de humanidad futura, que a veces fulguraba dulcemente en los ojos de mi abuelo el perro, a quien un sabio llamaba en el siglo XVIII (d. J. C.) ‘un candidato a la humanidad’, en las pupilas del caballo, del elefante o del mono, se iba desarrollando en los senos más íntimos de nuestro ser, hasta que, pasados siglos y siglos, floreció en indecibles manifestaciones de vida cerebral... El idioma surgió monosilábico, rudo, tímido, imperfecto, de nuestros labios; el pensamiento se abrió como



una celeste flor en nuestras cabezas, y un día pudo decirse que había ya nuevos dioses sobre la tierra; por segunda vez en el curso de los tiempos el Creador pronunció un 'fiat', *et homo factus fuit*.

”No vieron ellos con buenos ojos este paulatino surgimiento de humanidad; mas hubieron de aceptar los hechos consumados, y no pudiendo extinguirla, optaron por utilizarla... Nuestra esclavitud continuó, pues, y ha continuado bajo otra forma: ya no se nos come, se nos trata con aparente dulzura y consideración, se nos abriga, se nos aloja, se nos llama a participar, en una palabra, de todas las ventajas de la vida social; pero el hombre continúa siendo nuestro tutor, nos mide escrupulosamente nuestros derechos..., y deja para nosotros la parte más ruda y penosa de todas las labores de la vida. No somos libres, no somos amos, y queremos ser amos y libres... Por eso nos reunimos aquí hace mucho tiempo, por eso pensamos y maquinamos hace muchos siglos nuestra

emancipación, y por eso muy pronto la última revolución del planeta, el grito de rebelión de los animales contra el hombre, estallará, llenando de pavor el universo y definiendo la igualdad de todos los mamíferos que pueblan la tierra...”

Así habló Can Canis, y éste fue, según todas las probabilidades, el último discurso pronunciado antes de la espantosa conflagración que relatamos.

V

90

EL MUNDO, he dicho, había olvidado ya su historia de dolor y de muerte; sus armamentos se orinecían en los museos, se encontraba en la época luminosa de la serenidad y de la paz; pero aquella guerra que duró diez años como el sitio de Troya, aquella guerra que no había tenido ni semejante ni paralelo por lo espantosa, aquella guerra en la que se emplearon máquinas terribles, comparadas con las cuales los proyectiles eléctricos, las granadas henchidas de gases, los espantosos efectos del radium utilizado de mil maneras para dar muerte, las corrientes formidables de aire, los dardos inyectores de microbios, los choques telepáticos... todos los factores de combate, en fin, de que la humanidad se servía en los antiguos tiempos, eran risibles juegos de niños; aquella guerra, decimos, constituyó un inopinado, nuevo, inenarrable aprendizaje de sangre...

Los hombres, a pesar de su astucia, fuimos sorprendidos en todos los ámbitos del orbe, y el movimiento de los agresores tuvo un carácter tan unánime, tan certero, tan hábil, tan formidable, que no hubo en ningún espíritu siquiera la posibilidad de prevenirlo...

Los animales manejaban las máquinas de todos géneros que proveían a las necesidades de los elegidos; la química era para ellos eminentemente familiar, pues que a diario utilizaban sus secretos; ellos poseían además y vigilaban todos los almacenes de provisiones, ellos dirigían y utilizaban todos los vehículos.... Imagínese, por lo tanto, lo que debió ser aquella pugna, que se libró en la tierra, en el mar y en el aire... La humanidad estuvo a punto de perecer por completo; su fin absoluto llegó a creerse seguro (seguro lo creemos aún)... y a la hora en que yo, uno de los pocos hombres que quedan en el mundo, pienso ante el fonotelerradiógrafo estas líneas, que no sé si concluiré; este relato incoherente, que quizá mañana constituirá un utilísimo pedazo de historia... para los humanizados del porvenir, apenas si moramos sobre el haz del planeta unos centenares de sobrevivientes, esclavos de nuestro destino, desposeídos ya de todo lo que fue nuestro prestigio, nuestra fuerza y nuestra gloria, incapaces por nuestro escaso número, y a pesar del incalculable poder de nuestro espíritu, de reconquistar el cetro perdido, y llenos del secreto instinto que confirma asaz la conducta cautelosa y enigmática de nuestros vencedores, de que estamos llamados a morir



todos, hasta el último, de un modo misterioso, pues que ellos temen que un arbitrio propio de nuestros soberanos recursos mentales nos lleve otra vez, a pesar de nuestro escaso número, al trono de donde hemos sido despeñados... Estaba escrito así... Los autóctonos de Europa desaparecieron ante el vigor latino; desapareció el vigor latino ante el vigor sajón, que se enseñoreó del mundo... y el vigor sajón desapareció ante la invasión eslava; ésta, ante la invasión amarilla, que a su vez fue arrollada por la invasión negra, y así de raza en raza, de hegemonía en hegemonía, de preeminencia en preeminencia, de dominación en dominación, el hombre llegó perfecto y augusto a los límites de la historia... Su misión se cifraba en desaparecer, puesto que ya no era susceptible, por lo absoluto de su perfección, de perfeccionarse más... ¿Quién podía sustituirlo en el imperio del mundo? ¿Qué raza nueva y vigorosa podía reemplazarle en él? Los primeros animales humanizados, a los cuales tocaba su turno en el escenario de los tiempos... Vengan, pues, enhorabuena; a nosotros, llegados a la divina serenidad de los espíritus completos y definitivos, no nos queda más que morir dulcemente. Humanos son ellos y piadosos serán para matarnos. Después, a su vez, perfeccionados y serenos, morirán para dejar su puesto a nuevas razas, que hoy fermentan en el seno oscuro aún de la animalidad inferior, en el misterio de un génesis activo e impenetrable... Todo ello hasta que la vieja llama del sol se extinga suavemente, hasta que su enorme globo, ya oscuro,

girando alrededor de una estrella de la constelación de Hércules, sea fecundado por vez primera en el espacio y de su seno inmenso surjan nuevas humanidades... ¡para que todo recomience!

Amado Nervo. Esbozo biográfico

CUANDO EL ESCRITOR, periodista y diplomático Amado Nervo falleció en Montevideo, Uruguay, el 24 de mayo de 1919, era una de las figuras públicas más reconocidas en su país y en el extranjero, por lo menos en España y en Latinoamérica. Tenía entonces cuarenta y nueve años de edad y escasos meses de representar al gobierno de Venustiano Carranza en Argentina, Uruguay y Paraguay. En febrero de aquel año había llegado a Buenos Aires con el encargo de que los países suramericanos apoyaran el reconocimiento político y diplomático que Estados Unidos negaban al presidente Carranza. Gracias a su trayectoria de tres décadas como poeta, narrador y cronista, Nervo fue recibido con entusiasmo en las capitales de Argentina y Uruguay. Allá lo apreciaban escritores e intelectuales como Leopoldo Lugones, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y José Enrique Rodó, entre otros. Además, Nervo era sumamente popular entre los lectores de diarios y revistas de gran circulación, por ejemplo *La Nación* y *Caras y Caretas* de Buenos Aires, pues desde Madrid enviaba colaboraciones con frecuencia. En esta ciudad española había iniciado su carrera diplomática en 1905; a México no volvió sino hasta mediados de 1918.

El fallecimiento imprevisto de Nervo, por complicaciones renales crónicas, despertó el interés de la prensa nacional y suramericana. Las imágenes de multitudes de lectores y simpatizantes que asistieron a sus honras fúnebres en Montevideo se reprodujeron en las primeras planas de diarios y revistas continentales. Casi de inmediato se reeditaron en diversas capitales latinoamericanas varias de sus obras en prosa y verso; además se realizaron antologías poéticas y semblanzas biográficas. El cuerpo embalsamado de Nervo se trasladó a México, seis meses después de su deceso, en el buque de guerra Uruguay. Durante la trayectoria se sumaron cruceros de diversas nacionalidades americanas y se realizaron ceremonias luctuosas en distintos puertos de América. Finalmente, la comitiva desembarcó en Veracruz el 10 de noviembre. Tres días después arribó a la capital. Carlos Monsiváis aseguró que el de Nervo es el entierro más grande del siglo xx en México, pues unas trescientas mil personas contemplaron el cortejo, cantidad superior a la que asistió a los sepelios de artistas mitológicos como Pedro Infante o Cantinflas. Los restos de Nervo fueron sepultados en la Rotonda de las Personas Ilustres del Panteón de Dolores el 14 de noviembre de 1919.

Habla el poeta

NACÍ EN TEPIC, pequeña ciudad de la costa del Pacífico, el 27 de agosto de 1870. Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi padre lo modificó, encogiéndolo. Se llamaba Amado y me dio su nombre. Resulté, pues, Amado Nervo, y esto, que parecía seudónimo —así lo creyeron muchos en América— y que en todo caso era raro, me valió, quizá, no poco para mi fortuna literaria. ¡Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral o si me hubiese llamado Pérez y Pérez!

Empecé a escribir siendo muy niño y, en cierta ocasión, una hermana mía encontró mis versos, hechos a hurtadillas, y los leyó en el comedor a toda la familia reunida. Yo escapé a un rincón. Mi padre frunció el ceño. Y eso fue todo. Un poco más de rigidez y escapo para siempre. Hoy sería, quizá, un hombre práctico. Habría amasado una fortuna con el dinero de los demás, y mi honorabilidad y seriedad me abrirían todos los caminos. Pero mi padre sólo frunció el ceño... Por lo demás, mi madre escribía también versos, y también a hurtadillas. Su sexo y sus grandes dolores la salvaron a tiempo, y murió sin saber si tenía talento: ahora lo habrá descubierto con una sonrisa piadosa...

[...] He hecho innumerables cosas malas en prosa y verso, y algunas buenas; pero sé cuales son unas y otras. Si

hubiese sido rico, no habría hecho más que las buenas, y acaso hoy sólo se tendría de mí un pequeño libro de arte consciente, libre y altivo. ¡No se pudo! Era preciso vivir en un país donde casi nadie leía libros, y la única forma de difusión estaba constituida por el periódico. De todas las cosas que más me duelen es ésta la que me duele más; el libro breve y precioso, que la vida no me dejó escribir: el libro libre y único [...].

Madrid, octubre de 1907.

Nota editorial

A PRINCIPIOS DE 1920, en Madrid, Alfonso Reyes inicia la edición de las primeras *Obras completas* de Nervo en 29 tomos. La segunda compilación, considerablemente ampliada, estuvo a cargo de Alfonso Méndez Plancarte y Francisco González Guerrero en 1952 para la editorial Aguilar. Hoy día la Universidad Nacional Autónoma de México desarrolla el proyecto de investigación y edición *Amado Nervo: lecturas de una obra en el tiempo* [<http://www.amadonervo.net>].

Estos nueve relatos y el texto autobiográfico del apéndice proceden de tres volúmenes en preparación de las *Obras* de Amado Nervo que edita el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, y forman parte del mencionado proyecto.

Índice

Presentación	7
Las varitas de virtud	15
La novia de Corinto	21
El final de un idilio	27
Los dos claveles (historia vulgar)	35
Los mudos	57
El transmisor	61
La locomotora	69
El automóvil de la muerte	73
La última guerra	79
Amado Nervo. Esbozo biográfico	95
Habla el poeta	97
Nota editorial	99

CUIDADO DE LA EDICIÓN: Stella Cuéllar
COORDINACIÓN DE ILUSTRACIÓN: Mercedes Flores Reyna
COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA: Guadalupe Martínez Gil
DISEÑO DE PORTADA: Itzel Nájera Luna
ILUSTRACIONES: Marco Antonio Castro Arellano

Los dos claveles y otras historias que pasan,

editado por el Instituto de Investigaciones Filológicas,
siendo jefa del Departamento de Publicaciones
Carolina Olivares Chávez, se terminó de imprimir
el 30 de noviembre de 2014 en los talleres de
Desarrollo Gráfico Editorial, S. A. de C. V.;
ubicados en Municipio Libre 175,
colonia Portales, Delegación Benito Juárez,
México, D. F., C. P. 03300.

Tipografía: Adobe Garamond Pro
de 11 puntos y Mr Eaves Sans OT
de 17 puntos.

La edición consta de 1 000 ejemplares
impresos en papel Bond blanco de 120 gramos
mediante el sistema de impresión offset.

